



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

### LIBRO III

En el primer libro de la obra <sup>1</sup> tomada en su conjunto, es decir, el tercero anterior a éste, dejamos claro que establecíamos como principio de nuestro tratado la Guerra Social, la Anibálica y la de Celesiria: en <sup>2</sup> el mismo libro expusimos, igualmente, las causas que nos hicieron componer los libros precedentes, remontrándonos a tiempos anteriores a estos sucesos. Ahora <sup>3</sup> intentaremos exponer científicamente las guerras citadas, las causas por las que surgieron y alcanzaron tan gran extensión; pero antes hablaremos brevemente acerca de mi trabajo <sup>1</sup>.

El tema sobre el que intentamos tratar es un único <sup>4</sup> hecho y un único espectáculo, es decir, cómo, cuándo y por qué todas las partes conocidas del mundo cono-

---

<sup>1</sup> Polibio considera que en este tercer libro empieza su verdadero trabajo personal. La guerra de los aliados ocupa la mayor parte del libro cuarto y buena parte del quinto. La anibálica es la segunda guerra púnica, como ya se ha notado repetidamente, que llena buena parte de este libro tercero. La guerra de Celesiria es la cuarta guerra entre Antíoco III el Grande y Ptolomeo Filopátor. En cuanto a la fecha de iniciación, hay discordancia: mientras JULES DE FOUCAULT, en su edición del tercer libro de Polibio, París, 1971 (citado desde ahora FOUCAULT, *Polybe*, III), pág. 30, la pone en el 219, BENGSTON, *Geschichte*, pág. 368, la sitúa entre los años 221/217.

5 cido han caído bajo la dominación romana. Esta tiene un principio conocido, una duración delimitada y un resultado notorio, de modo que creemos que va a ser útil recordar y recapitular brevemente las partes principales de este período, ordenadas de principio a fin.

6 Es de suponer que así, más que de otro modo, se proporcionará a los estudiosos una visión adecuada del conjunto de nuestra empresa. En efecto, dado que el espíritu progresa mucho si desde el todo llega al conocimiento de los asuntos en detalle, y mucho también si desde éstos avanza en el conocimiento de la totalidad, creemos que el mejor método y visión es el que se hace desde ambas perspectivas. Por ello trazaremos un esquema preliminar de nuestra historia de acuerdo con lo apuntado.

8 Ya hemos señalado la forma y los límites de esta investigación<sup>2</sup>. Por lo que se refiere a los hechos concretos ocurridos en ella, se empezará por las guerras ya citadas, y su final coronamiento lo constituirá la destrucción del reino de Macedonia; el tiempo abarcado son cincuenta y tres años<sup>3</sup>, período que comprende acciones tan numerosas y de tanta envergadura que, en un lapso igual de tiempo, no se han dado jamás en épocas anteriores. Tomando como punto de partida la Olimpiada ciento cuarenta<sup>4</sup>, en la exposición se seguirá el orden siguiente:

2 Tras exponer las causas por las que estalló la guerra ya citada entre cartagineses y romanos, llamada Anibálica, se describirá la invasión de Italia por parte de los cartagineses, cómo arruinaron la dominación romana e infundieron a aquéllos un gran temor por

<sup>2</sup> Al principio mismo de la obra, I 1, 5-6.

<sup>3</sup> En los años 210/168.

<sup>4</sup> Comprende los años 220/216. Es de notar que los libros XXII y XXIII de Tito Livio reproducen casi literalmente este tercero de Polibio.

sus vidas y por los fundamentos de su patria, mientras que los mismos cartagineses llegaron a abrigar grandes e imprevistas esperanzas de tomar por asalto la misma ciudad de Roma.

A continuación intentaremos explicar cómo, en esta época, Filipo de Macedonia<sup>5</sup> libró una guerra contra los etolios, tras la cual dispuso los asuntos de Grecia y se lanzó a compartir las esperanzas de los cartagineses. Antíoco y Ptolomeo Filopátor andaban a la greña y, al final, estalló entre ellos una guerra por la posesión de Celesiria<sup>6</sup>. Los rodios y Prusias declararon la guerra a los bizantinos y les forzaron a cesar en el cobro de peaje a los que navegaban hacia Ponto<sup>7</sup>.

Aquí detendremos nuestra exposición y trataremos de la constitución romana<sup>8</sup>; demostraremos luego que las características de esta constitución contribuyeron, al máximo, no sólo a que los romanos dominaran Italia y Sicilia, sino también a que extendieran su imperio a los iberos y a los galos<sup>9</sup>, y además a que, tras derrotar militarmente a los cartagineses, llegaron a concebir el proyecto de dominar el universo.

Paralelamente a todo ello aclaremos, en una digresión, el derrocamiento de la tiranía de Hierón en Siracusa<sup>10</sup>. Enlazaremos con estos temas los disturbios ocurridos en Egipto, la coalición, efectuada tras la muerte del rey Ptolomeo, de Antíoco y Filipo para repartirse el imperio legado al joven príncipe heredero,

<sup>5</sup> Filipo V de Macedonia.

<sup>6</sup> La Celesiria es una pequeña región situada entre las cordilleras del Líbano y del Antilíbano.

<sup>7</sup> Esto se narra en el libro IV 31-37.

<sup>8</sup> Ya se ha dicho más arriba, en una nota, que este estudio se verifica en el libro sexto. El lugar es, exactamente, VI 11-18.

<sup>9</sup> La narración polibiana de la campaña romana en la Galia no nos ha llegado.

<sup>10</sup> Cf. VII 2-8, y VIII 3-7 y 37. De los disturbios de Egipto no nos queda nada en los extractos restantes de Polibio.

y cómo empezaron las insidias y manejos de Filipo contra Egipto, Caria y Samos, y las de Antíoco contra Celesiria y Fenicia.

3 A continuación, tras una recapitulación<sup>11</sup> de las operaciones de romanos y cartagineses en España, en 2 África y en Sicilia, desplazaremos nuestra exposición a tierras de Grecia, con los grandes cambios que allí hubo. Narraremos las batallas navales de Atalo y de los rodios contra Filipo y la guerra de éste contra los romanos<sup>12</sup>, cómo se desarrollaron, sus causas y su desenlace. A esto añadiremos, sin interrupción, el recuerdo de la cólera de los etolios, con la que arrastraron a Antíoco y, desde el Asia, encendieron una guerra contra aqueos y romanos<sup>13</sup>.

4 Después de aclarar sus causas y el paso de Antíoco a Europa, explicaremos, en primer lugar, cómo consiguió huir de Grecia; en segundo lugar, cómo, derrotado, abandonó los territorios que están a este lado de la 5 cordillera del Tauro. En tercer lugar, cómo los romanos, tras haber humillado la soberbia de los galos, se aprestaron a dominar, sin admitir rivales, los territorios asiáticos y liberaron a los habitantes de la parte hacia acá del Tauro, del terror de los bárbaros y de 6 la injusticia de los galos. Seguidamente, tras poner la vista en los desastres de etolios y cefalénios<sup>14</sup>, entraremos en las guerras que Eumenes trabó contra Prusias y los galos<sup>15</sup>; igualmente, en la guerra que hubo

<sup>11</sup> Aquí hay cierta divergencia en el vertido del verbo griego original. Mientras Schweighäuser traduce «*in brevem summam contrahere*», es decir, «resumir», WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce «recapitular». Foucault elude el problema con una traducción muy libre.

<sup>12</sup> Es la segunda guerra de Macedonia, narrada por Polibio en su libro XVIII.

<sup>13</sup> Todo esto nos ha llegado sólo en parte. Cf. XXI 17.

<sup>14</sup> Cf. XXI 35-32 b.

<sup>15</sup> La guerra de Prusias de Bitinia contra Eumenes II de

entre Ariarato y Farnaces<sup>16</sup>. Luego haremos mención 7 de la pacificación y concordia que reinó en el Peloponneso, así como del auge de la república de Rodas<sup>17</sup>, y ofreceremos un resumen de toda nuestra exposición y de las acciones que contiene. Finalmente, trataremos 8 la expedición de Antíoco Epifanes contra Egipto, la guerra persa y el derrumbamiento del imperio macedonio. Paralelamente a todo ello se irá viendo cómo 9 manejaron los romanos cada asunto y cómo lograron someter todo el mundo a su imperio.

Si por sí solos los éxitos o los 4 fracasos permitieran emitir un juicio suficiente sobre los hombres o los gobiernos, despreciables o laudables, según el programa inicial nosotros deberíamos pararnos aquí y concluir simultáneamente nuestra exposición e historia con las acciones citadas en último lugar. En efecto: el lapso de los cincuenta y tres años termina en ellas, y el progreso y el avance del imperio romano ya había culminado. Además, daba la impresión de que 3 era notoria e ineludible para todos la sumisión a los romanos y la obediencia a sus órdenes. Pero los juicios sobre vencedores y vencidos extraídos simplemente de los propios combates son insuficientes. Lo que muchos han creído un triunfo insuperable, si no se explotó con acierto ha comportado grandes desastres, mientras que a no pocos que han soportado con entereza las desgracias más escalofriantes, éstas han acabado por convertírseles en ventajas. A las acciones 6 mencionadas habría de añadirse un juicio sobre la

Pérgamo estaba en el libro XXII, pero su narración polibiana se ha perdido.

<sup>16</sup> Cf. XXIII 9, 1-3; XXIV 1, 1-3; 5; 14-15; XXV 2.

<sup>17</sup> Cf. XXI 24, 7; 46, 8.

conducta posterior de los vencedores, sobre cómo gobernaron el mundo, la aceptación y opinión que de su liderazgo tenían los demás pueblos; se deben investigar, además, las tendencias y ambiciones predominantes en cada uno, que se impusieron en las vidas privadas y en la administración pública.

7 Es indiscutible que por este estudio nuestros contemporáneos verán si se debe rehuir la dominación romana o, por el contrario, si se debe buscar, y nuestros descendientes comprenderán si el poder romano es digno de elogio y de emulación, o si merece reproches. La máxima utilidad de nuestra historia, en el 8 presente y en el futuro, radica en este aspecto<sup>18</sup>. No 9 hay que suponer que, ni en sus dirigentes ni en sus expositores, la finalidad de las empresas sea vencer y 10 someter a todos. Nadie que esté en su sano juicio guerra contra los vecinos por el sólo hecho de luchar, ni navega por el mar sólo por el gusto de cruzarlo, ni aprende artes o técnicas sólo por el conocimiento 11 en sí<sup>19</sup>. Todos obran siempre por el placer que sigue a las obras, o la belleza, o la conveniencia.

12 Por eso la culminación de esta historia será conocer cuál fue la situación de cada pueblo después de verse sometido, de haber caído bajo el dominio romano, hasta las turbulencias y revoluciones que, después de estos hechos, se han reproducido. En vistas a 13 la importancia de las acciones que entonces se desarrollaron y al carácter extraordinario de los acontecimientos, pero también —y esto es lo más importante— en razón del hecho de que yo he sido no solamente espectador, sino unas veces colaborador y otras dirigente, he emprendido la redacción, por así decir, de

<sup>18</sup> Polibio insiste en conceptos ya expuestos, cf. I 1-3.

<sup>19</sup> Aquí hay ciertos ecos de doctrina estoica.

una historia nueva, tomando un punto de partida nuevo también.

Los trastornos a que me refería son los siguientes: 5 los romanos hicieron la guerra a los celtíberos y a los vacceos<sup>20</sup>, mientras que los cartagineses guerrearon contra Masinisa, rey de Libia<sup>21</sup>. En Asia, Atalo y Prusias se combatían mutuamente y el rey de Capadocia, Ariarates, expulsado de su trono por Orofernes con la ayuda del rey Demetrio<sup>22</sup>, recuperó el reino que le legara su padre apoyado por Atalo<sup>23</sup>. Por otro lado, 3 Demetrio, hijo de Seleuco, tras reinar en Siria durante doce años, perdió a la vez la vida y el imperio, al coaligarse contra él los demás reyes. Y también los 4 romanos levantaron la acusación de que habían sido objeto los griegos inculpados en la guerra de Perseo y les reintegraron a sus países<sup>24</sup>. Y los mismos romanos 5 atacaron, poco tiempo después, a los cartagineses, con el propósito, primero, de forzarles a expatriarse, y después de aniquilarles totalmente, por las causas que se expondrán a continuación. Paralelamente a estos he- 6 chos, al romper los macedonios la amistad con los romanos y abandonar los lacedemonios la Liga aquea, se inició el proceso que conduciría a la ruina total de Grecia.

De modo que éste es nuestro plan. Pero aún dependen 7 de de la Fortuna que mi vida dure lo suficiente para

<sup>20</sup> Es la segunda campaña romana en España contra nativos del país. Quedan fragmentos de su narración en Polibio, XXXV 1-5.

<sup>21</sup> Polibio narró esta guerra en el libro XXXI, pero nos queda sólo una leve referencia a ella en XXXI 21.

<sup>22</sup> Es Demetrio I Soter, que reinó en Siria (162-150).

<sup>23</sup> Atalo II de Pérgamo (160-139).

<sup>24</sup> La referencia es a los supervivientes de la batalla de Pidna, en la que los romanos, en el año 168, derrotaron a Perseo, el último rey de Macedonia, e iniciaron prácticamente su dominio universal. Cf., con todo, la nota 20 del libro I.

8 llevar nuestro propósito hasta el final. Sin embargo, estoy convencido de que si nos ocurre lo que es propio de los hombres, el proyecto no quedará en el aire ni le faltarán hombres cabales; su belleza atraerá a muchos que lo tomarán bajo su responsabilidad y se esforzarán por llevarlo a cabo.

9 Después que hemos pasado revista, resumidamente, a las acciones más sobresalientes, con la intención de conducir a los lectores al conocimiento del conjunto y las partes de nuestra *Historia general*, ya es hora, pues, de recordar nuestro propósito y de que abordemos el principio de nuestra materia.

6 Algunos tratadistas de la historia de Aníbal, al querer señalarnos las causas de la guerra en cuestión entre romanos y cartagineses, aducen primero el asedio  
*Guerra de Aníbal.*  
*Precisiones*  
*terminológicas*  
 2 de Sagunto por parte de los cartagineses y, en segundo lugar, su paso, en contra de los tratados, del río que  
 3 los naturales del país llaman Ebro<sup>25</sup>. Yo podría afirmar que éstos fueron los comienzos de la guerra, pero negaría rotundamente que fueron sus causas<sup>26</sup> —nada  
 4 de esto!—, a no ser que alguien diga que el paso de Alejandro a Asia fue la causa de su guerra contra los persas y que el desembarco de Antíoco en Demetrias fue la causa de su guerra contra los romanos; ninguna de estas afirmaciones responde a la verdad y a la lógica. ¿Quién creería, en efecto, que radica aquí la  
 5 verdadera causa de los muchos preparativos que pre-

<sup>25</sup> Aquí la confusión de Polibio es segura: no se trata del río Ebro, sino del Júcar.

<sup>26</sup> Un buen comentario a estas precisiones terminológicas lo ofrece WALBANK, *Commentary*, ad loc., y DÍAZ TEJERA, *Polibio*, páginas LXXIV-LXXXIV. La impresión general que se extrae es la de que el pensamiento de Polibio no es tan profundo como el de Tucídides.

viamente realizó Alejandro y de los no pocos que Filipo, vivo aún, dispuso para la guerra contra los persas? Lo mismo cabe decir de los etolios, antes de que se les presentara Antíoco, por lo que hace a su guerra contra los romanos. Éstas son cosas propias de hom- 6  
 bres que no han descubierto en qué se diferencia y cuánto se contraponen el inicio de la causa y el pre-  
 texto. Porque la causa y el pretexto son lo primero de todo, y el inicio, en cambio, la última parte de las mencionadas.

Yo sostengo que los inicios de todo son los prime- 7  
 ros intentos y la ejecución de obras ya decididas; causas son, en cambio, lo que antecede y conduce hacia los juicios y las opiniones; me refiero a nuestras concepciones y disposiciones y a los cálculos relacionados con ellas: gracias a ellas llegamos a juzgar y decidir. Mi aseveración se comprenderá mejor con 8  
 ejemplos. Cuáles fueron realmente las causas y de 9  
 dónde surgió la guerra contra los persas, puede verlo cualquiera.

La primera fue la retirada de los griegos bajo el 10  
 mando de Jenofonte desde las satrapías del interior<sup>27</sup>, retirada en la que recorrieron toda el Asia<sup>28</sup>, que les era hostil, y, sin embargo, ningún bárbaro osó hacerles frente. La segunda fue el paso de Agesilao, rey de La- 11  
 cedemonia, en el cual no encontró ningún adversario importante ni de su altura, y, sin realizar sus proyectos, se vio obligado a regresar por los disturbios que

<sup>27</sup> No se refiere a las guerras médicas, sino a la campaña de Ciro contra Artajerjes, en la que interviene un cuerpo griego expedicionario de diez mil hombres. Es la obra clásica de JENOFONTE, la *Anábasis*, la que narra este hecho. Esta campaña tuvo lugar en el año 401.

<sup>28</sup> Se refiere a la expedición, del año 396, del rey espartano Agesilao al Asia con ocho mil espartanos, en la que no logró nada resonante.

12 estallaron en Grecia. De resultas de esto, Filipo comprendió y dedujo la cobardía y malicia de los persas frente a su propia buena disposición, y la de los macedonios para las acciones bélicas. Puso, además ante sus ojos, la magnitud y la belleza de los trofeos que se seguirían de la guerra. Así que se hubo captado la adhesión unánime de los griegos, usando al punto el pretexto de que corría prisa vengarse de los ultrajes que les habían inferido los persas, tomó impulso y se dispuso a la guerra; disponía todos los preparativos correspondientes.

14 De modo que hay que creer que las causas de la guerra contra los persas son las aducidas en primer lugar; el pretexto, lo que se dijo en segundo lugar, y el inicio, el paso de Alejandro al Asia.

7 Se debe considerar sin la menor duda que la causa de la guerra que estalló entre Antíoco y los romanos fue la cólera de los etolios. Estos, a la vista del desenlace de la guerra contra Filipo, se creían víctimas de diversos y grandes perjuicios por parte de los romanos, como expliqué más arriba, y no se limitaron a atraerse a Antíoco, sino que pasaron por cualquier acción y humillación, enfurecidos por las circunstancias aludidas. Debe considerarse un pretexto la liberación de los griegos, que los etolios, recorriendo con Antíoco las ciudades, invocaron de manera falaz y absurda; pero el inicio de la guerra fue el desembarco de Antíoco en Demetrias.

4 He insistido en la diferenciación de estos conceptos no para reprender a los escritores, sino para adoc-  
5 trinar a los estudiosos. ¿Pues para qué serviría a los enfermos un médico que ignorara las causas de las indisposiciones corporales? ¿Cómo puede ser útil un hombre de estado incapaz de calcular el cómo, el por-  
qué y el de dónde ha tomado su punto de partida  
6 cada uno de los sucesos? Porque ni aquel médico po-

drá ejercer como es debido el cuidado de los cuerpos ni el hombre de estado será capaz de manipular acertadamente las cuestiones sin el conocimiento de lo antedicho. De modo que nada hay que observar y buscar 7 más que la causa de los acontecimientos, dado que muchas veces los más trascendentales surgen del azar y, en todo caso, siempre es más fácil remediar las primeras opiniones y veleidades.

*Causas de la guerra anibólica según el historiador Fabio*

8 Fabio<sup>29</sup>, el historiador romano, afirma que la causa de la guerra contra Aníbal fue, además de la injusticia cometida contra los saguntinos, la avaricia y la ambición de poder de Asdrúbal, ya que éste, tras adquirir 2 un gran dominio en los territorios de España, se presentó en el África, donde intentó derogar las leyes vigentes y convertir en monarquía la constitución de los cartagineses. Los prohombres de la ciudad, al aperci- 3 birse de su intento contra la constitución, se pusieron de acuerdo y se enemistaron con él. Cuando Asdrúbal 4 lo comprendió, se marchó del África y desde entonces manejó a su antojo los asuntos españoles, prescindiendo del senado cartaginés. Aníbal, que desde niño 5 había sido compañero de Asdrúbal y emulador de su manera de gobernar, luego que hubo recibido la dirección de los asuntos de España, dirigió las empresas del mismo modo que él. Esto hizo que ahora la guerra 6 contra los romanos estallara contra la voluntad de los cartagineses, por decisión de Aníbal. Porque ningún no- 7 table cartaginés había estado de acuerdo con el modo

<sup>29</sup> Fabius Pictor, historiador romano que escribió en griego una historia de Roma desde sus orígenes hasta su propia época. A pesar de que Polibio muestra cierta animadversión hacia él, sin embargo lo utiliza como fuente para las secciones de su historia en las que no dispone de otras. Cf. la nota 16 del primer libro.

8 con que Anfbal trató a la ciudad de Sagunto. Fabio afirma esto, y luego asegura que tras la caída de la plaza mencionada los romanos acudieron y exigieron de los cartagineses que les entregasen a Anfbal o arros-  
9 traran la guerra. Ante su afirmación de que ya desde el principio los cartagineses estaban disgustados por la conducta de Anfbal, se podría preguntar a este autor si dispusieron de ocasión más propicia que ésta, o de manera más justa y oportuna para avenirse a las pretensiones romanas y entregarles al causante de tales  
10 injusticias. Así se libraban discretamente, por medio de terceros, del enemigo común de la ciudad, lograban la seguridad del país, apartaban la guerra que se les venía encima y satisfacían con sólo un decreto a los romanos. A todo esto, ¿qué podría decir Fabio? Nada, evidentemente.

La verdad es que los cartagineses tanto distaron de hacer cualquier cosa de las indicadas, que, según las iniciativas de Anfbal, guerrearon continuamente durante dieciséis años y no cesaron hasta que, tras poner a prueba todas sus esperanzas, al final vieron en peligro su país y sus vidas.

9 ¿Por qué he mencionado a Fabio y lo que escribí?  
2 No por temor de que alguien dé crédito a sus afirmaciones; pues aún prescindiendo de mi comentario, los lectores pueden comprobar su propia incoherencia. Lo que pretendo es advertir a los que toman sus libros  
3 que examinen no el título, sino el contenido. Hay quien no se fija en lo que se dice, sino en la persona que lo dice, y al saber que el autor fue contemporáneo de los hechos y que perteneció al senado romano, por todo ello juzgan, sin más, que es creíble lo que afirma.  
4 Digo que no se debe desdeñar la autoridad de un escritor, pero tampoco debe juzgársela como suficiente en sí misma. Es más, los lectores deben formular su juicio por los hechos en sí.

#### *Causas de la guerra*

En cuanto a la guerra entre ro- 6  
manos y cartagineses (pues de ella partió la digresión) hay que considerar que la primera causa fue el resentimiento de Amílcar, el llamado Barca, que era padre natural de Anfbal. Amílcar, en efecto, en la guerra de Sicilia, no fue derro- 7  
tado en su espíritu, ya que comprobaba que había conservado intactas sus tropas en Érice, y con el mismo empeño que él tenía. A causa de la derrota naval de los cartagineses, se había visto forzado a ceder a las circunstancias y a firmar los pactos. Pero la cólera le duraba, y aguardaba siempre una ocasión. Si no se hu- 8  
biera producido la revuelta de los mercenarios contra los cartagineses, en lo que dependía de Amílcar, al punto habría comenzado otra campaña y los preparativos para ella. Pero los disturbios internos le ocupa- 9  
ron, y se dedicó a estas acciones.

Pero cuando los cartagineses hubieron solventado 10  
los disturbios aludidos, los romanos les declararon la guerra, y ellos, primero, estaban decididos a todo, en la suposición de que la justicia de su causa les haría triunfar. Esto ha sido ya expuesto en los libros anteriores, sin los cuales no es posible entender debida- 2  
mente ni lo que contamos ahora ni lo que diremos después. Pero al no ceder los romanos, los cartagineses, 3  
cediendo a las circunstancias, y apesadumbrados, nada pudieron hacer: evacuaron Cerdeña y convirtieron en deber añadir otros mil doscientos talentos a los tributos ya impuestos. Lo hicieron para no verse constre- 4  
ñidos a una guerra en aquellas circunstancias. Debe establecerse ésta como la segunda causa, aún más grave, de la guerra que estalló después.

Amílcar sumó a su ira la cólera de sus conciudadanos, y tan pronto como reforzó la seguridad de su patria, después de la derrota de los mercenarios suble-

vados, puso luego todo su interés en los asuntos de España, pues quería aprovechar estos recursos para la guerra contra los romanos. Y hay que tener en cuenta todavía una tercera causa, me refiero al éxito de los cartagineses en los asuntos de España. Porque, por confiar en estas fuerzas entraron llenos de coraje en la guerra citada. Es innegable que Amílcar, aunque murió diez años antes del comienzo de esta segunda guerra, contribuyó decisivamente a su estallido. Ello se puede probar de muchas maneras, pero para merecer crédito bastará con considerar lo que se expone a continuación.

11

*Juramento  
de Aníbal*

En la época en que Aníbal, derrotado por los romanos, acabó por exiliarse de su patria<sup>30</sup> y vivía en la corte de Antíoco, los romanos, que intuían ya las inten-

ciones de los etolios, enviaron embajadores a Antíoco para no quedar en la ignorancia acerca de las intenciones del rey. Los embajadores, al ver que Antíoco se inclinaba a favor de los etolios y que pensaba declarar la guerra a los romanos, trataron con suma deferencia a Aníbal, con la intención de infundir sospechas a Antíoco, lo que terminó por suceder. A medida que pasaba el tiempo y el rey recelaba cada vez más de Aníbal, surgió la oportunidad de explicarse acerca de la desconfianza surgida entre ellos dos. En el diálogo Aníbal se defendió múltiplemente, y, al final, cuando ya agotaba los argumentos, explicó lo que sigue: cuando su padre iba a pasar a España con sus tropas, Aníbal contaba nueve años y estaba junto a un altar en el que Amílcar ofrecía un sacrificio a Zeus. Una vez que

<sup>30</sup> Fue en el año 195, que marca la desaparición definitiva de Aníbal como figura de primera categoría en la historia, aunque aún toma parte en acciones militares de poca categoría en calidad de aliado de Antígono.

obtuvo agüeros favorables, libó en honor de los dioses y cumplió los ritos prescritos, ordenó a los demás que asistían al sacrificio que se apartaran un poco, llamó junto a sí a Aníbal y le preguntó amablemente si quería acompañarle en la expedición. Aníbal asintió entusiasmado y aun se lo pidió como hacen los niños. Amílcar entonces le cogió por la mano derecha, le llevó hasta el altar y le hizo jurar, tocando las ofrendas, que jamás sería amigo de los romanos. Aníbal pidió entonces a Antíoco que, pues le había confiado su secreto, siempre que tramara algo nocivo a los romanos confiara en él, seguro de que tendría un colaborador leal. Pero en el momento en que llegara a una tregua o amistad con los romanos, en tal caso, podía desconfiar de él sin necesidad de acusaciones, y precaverse; porque siempre intentaría todo lo posible contra los romanos.

Cuando Antíoco lo hubo oído se convenció de que le había hablado con sinceridad y con verdad, y así dejó sus sospechas anteriores. De modo que debemos tener este testimonio por prueba irrefutable del odio de Amílcar, y de sus intenciones, que luego evidenciaron los mismos hechos: tan enemigos hizo de los romanos a Asdrúbal, que era el marido de su hija, y a su propio hijo Aníbal, que este odio resultó insuperable. Pero Asdrúbal murió prematuramente, y no pudo hacer notorias a todos sus inclinaciones; Aníbal, en cambio, tuvo la ocasión de demostrar, a carta cabal, el odio que contra los romanos había heredado de su padre.

Por eso, los rectores de la cosa pública deben ocuparse más que nada de que no les pasen desapercibidos los propósitos de quienes hacen desaparecer las enemistades o trabar amistades. Esto a veces se hace cediendo a las circunstancias; otras veces los pactos se hacen por convicción del espíritu. Así se guardarán de los primeros, porque estos tales espían las circunstancias, y, en cambio, darán crédito a los se-

gundos, que son, qué duda cabe, o súbditos leales o amigos fieles; no vacilarán en ordenarles cualquier cosa que se presente.

7 Como causas de la guerra emprendida por Aníbal hay que tener las dichas; como inicio, lo que se expone a continuación.

13

*Inicio de la guerra*

Los cartagineses soportaban a duras penas su descalabro en Sicilia; pero aumentaron su cólera, como dije antes, lo ocurrido en Cerdeña y la gran cantidad de

2 dinero que, al final, les fue impuesta. Por ello, así que hubieron sometido la mayor parte de los territorios de España, estuvieron dispuestos a todo lo que se presentara contra los romanos. Cuando les llegó la noticia de la muerte de Asdrúbal, a quien, tras la muerte de Amílcar, habían confiado los asuntos españoles, primero 4 tantearon las preferencias de las tropas. Cuando desde los campamentos se les hizo saber que los soldados habían elegido unánimemente a Aníbal como general, reunieron al instante la asamblea popular y ratificaron por unanimidad la decisión de sus tropas. 5 Aníbal se hizo cargo del mando, y al instante hizo una salida para someter a la tribu de los ólcades<sup>31</sup>. Llegó a Altea, su ciudad más fuerte, y acampó junto a ella. 6 Luego la atacó de manera enérgica y formidable y la tomó en poco tiempo; ello hizo que las demás ciudades, 7 espantadas, se entregaran a los cartagineses. En ellas Aníbal recaudó dinero; tras hacerse con una fuerte suma se presentó en Cartagena para pasar allí el invierno.

8 Trató con liberalidad a sus súbditos, anticipó parte de sus soldadas a sus compañeros de armas y les pro-

<sup>31</sup> Tribu prerromana que vivía en lo que actualmente es la Mancha. Su supuesta capital, Altea, es ilocalizable.

metió aumentarlas, con lo que infundió grandes esperanzas en sus tropas, y al propio tiempo se hizo muy popular.

Al verano siguiente salió de nuevo, esta vez contra 14 los vacceos<sup>32</sup>, lanzó un ataque súbito contra Salamanca y la conquistó; tras pasar muchas fatigas en el asedio de Arbucala<sup>33</sup>, debido a sus dimensiones, al número de sus habitantes y también a su bravura, la tomó por la fuerza.

Ya se retiraba, cuando se vio expuesto súbitamente 2 a los más graves peligros: le salieron al encuentro los carpetanos<sup>34</sup>, que quizás sea el pueblo más poderoso de los de aquellos lugares; les acompañaban sus vecinos, 3 que se les unieron excitados principalmente por los ólcades que habían logrado huir; les atacaban también, enardecidos, los salmantinos que se habían salvado. Si los cartagineses se hubieran visto en la preci- 4 sión de entablar con ellos una batalla campal, sin duda alguna se habrían visto derrotados. Pero Aníbal, que se iba retirando con habilidad y prudencia, tomó como 5 defensa el río llamado Tajo, y trabó el combate en el momento en que el enemigo lo vadeaba<sup>35</sup>, utilizando como auxiliar el mismo río y sus elefantes, ya que disponía de cuarenta de ellos. Todo le resultó de manera imprevista y contra todo cálculo. Pues los bárbaros 6 intentaron forzar el paso por muchos lugares y cruzar el río, pero la mayoría de ellos murió al salir del agua,

<sup>32</sup> Tribu prerromana situada en el curso medio del Duero. Estamos en la primavera del año 220.

<sup>33</sup> La villa de Toro, en la provincia de Zamora.

<sup>34</sup> Vivían en tierras de la actual Castilla la Nueva, aguas arriba del Tajo. Una de sus principales poblaciones era la actual Toledo.

<sup>35</sup> Esta llamada batalla del Tajo se libró seguramente no lejos de la capital toledana; en todo caso, entre Toledo y Aranjuez.

ante los elefantes que recorrían la orilla y siempre se anticipaban a los hombres que iban saliendo. Muchos también sucumbieron dentro del río mismo a manos de los jinetes cartagineses, porque los caballos dominaban mejor la corriente, y los jinetes combatían contra los hombres de a pie desde una situación más elevada. Al final cruzó el río el mismo Aníbal con su escolta, atacó a los bárbaros y puso en fuga a más de cien mil hombres. Una vez derrotados, nadie de allá del Ebro<sup>36</sup> se atrevió fácilmente a afrontarle, a excepción de Sagunto. Pero Aníbal, de momento, no atacaba en absoluto a la ciudad, porque no quería ofrecer ningún pretexto claro de guerra a los romanos hasta haberse asegurado el resto del país; en ello seguía sugerencias y consejos de su padre, Amílcar.

Los saguntinos despachaban mensajeros a Roma continuamente<sup>37</sup>, porque preveían el futuro y temían por ellos mismos; querían, al propio tiempo, que los romanos no ignorasen los éxitos cartagineses en España. Hasta entonces los romanos no les habían hecho el menor caso, pero en aquella ocasión enviaron una misión que investigara lo ocurrido. Era el tiempo en que Aníbal ya había sometido a los que quería y se había establecido con sus tropas de nuevo en Carta-

<sup>36</sup> La expresión griega es vaga, y todo depende de la perspectiva desde la que mire el lector. Si Polibio lo considera, situado él en la situación primera de los cartagineses, el sentido es «al S. del Ebro»; si lo considera desde el centro de gravedad político cartaginés en la Península, Cartago Nova (Cartagena), entonces significaría «al N. del Ebro», que es lo que indudablemente significa, en realidad, la expresión en el lugar 76, 6 de este libro III. Excepto en una estrecha faja litoral del SE. de la península, los cartagineses no ejercieron jamás en España un dominio territorial estricto, aunque depredaran frecuentemente sus riquezas y sus cultivos, o apresaran a sus hombres con fines militares. Cf. la nota 37 del libro I.

<sup>37</sup> Estamos en el año 220.

gena, para pasar el invierno. Esta ciudad era algo así como el ornato y la capital de los cartagineses en las regiones de España. Allí se encontró con la embajada romana, la recibió en audiencia y escuchó lo que decían acerca de la situación. Los romanos, poniendo por testigos a los dioses, le exigieron que se mantuviera alejado de los saguntinos (pues estaban bajo su protección) y no cruzara el río Ebro, según el pacto establecido con Asdrúbal. Aníbal, como joven que era, embargado de ardor guerrero, que había tenido éxito en sus empresas, y dispuesto desde hacía tiempo a la enemistad con los romanos, les acusaba ante sus embajadores, como si fuera él el encargado de velar por los saguntinos, de que, aprovechando una revuelta que había estallado en la ciudad hacía muy poco, habían efectuado un arbitraje para dirimir aquella turbulencia y habían mandado ejecutar injustamente a algunos prohombres. Dijo que no vería con indiferencia a los que habían sido traicionados. Pues era algo innato en los cartagineses no pasar por alto ninguna injusticia. Pero al mismo tiempo Aníbal envió correos a Cartago para saber qué debía hacer, puesto que los saguntinos, fiados en su alianza con los romanos, dañaban a algunos pueblos de los sometidos a los cartagineses. Aníbal, en resumen, estaba poseído de irreflexión y de coraje violento. Por eso no se servía de las causas verdaderas y se escapaba hacia pretextos absurdos. Es lo que suelen hacer quienes por estar aferrados a sus pasiones desprecian el deber. ¡Cuánto más hubiera valido creer que los romanos debían devolverles Cerdeña y restituirles el importe de los tributos que, aprovechándose de las circunstancias, les habían impuesto y cobrado anteriormente, y afirmar que si no accedían, ello significaría la guerra! Pero ahora, al silenciar la causa verdadera y fingir una inexistente sobre los saguntinos, dio la impresión de empezar la

guerra no sólo de un modo irracional, sino aun injusto.

- 12 Los embajadores romanos, al comprobar que la guerra era inevitable, zarparon hacia Cartago, pues querían renovar allí sus advertencias. Evidentemente, estaban seguros de que la guerra no se desarrollaría en Italia, sino en España, y de que utilizarían como base para esta guerra la ciudad de Sagunto.

16 Por esto, el Senado romano, al estar de acuerdo con esta hipótesis, juzgó que debía asegurar su situación en la Iliria, porque se preveía que la guerra sería

### *La Iliria*

- 2 larga y muy lejos del país. Por aquel entonces<sup>38</sup> Demetrio de Faros olvidó los favores que debía a los romanos, y les desdeñó por el miedo que éstos sintieron primero de los galos y después de los cartagineses.
- 3 Poniendo todas sus esperanzas en la casa real de Macedonia, porque había guerreado junto con Antígono y había participado en sus luchas contra Cleómenes, comienza a devastar y destruir las ciudades ilirias sometidas a la obediencia romana. Había navegado con cincuenta esquifes rebasando el cabo Lisos —infringiendo con ello los pactos— y había talado muchas
- 4 islas de las Cícladas. Los romanos, al ver todo esto y percatarse de la prosperidad de la casa real de Macedonia, se apresuraron a asegurarse la región oriental de Italia; estaban convencidos de que tendrían tiempo de corregir la necesidad de los ilirios y de castigar y
- 5 reprimir la ingratitud y temeridad de Demetrio. Pero erraron en sus cálculos, pues Aníbal les aventajó con
- 6 la toma de Sagunto. Ello hizo que la guerra se desarrollara no en España, sino en las inmediaciones de Roma
- 7 y por toda Italia. No obstante, según sus cálculos, los romanos poco antes del verano enviaron a Lucio Emi-

<sup>38</sup> Estamos en el año 220 también.

lio con tropas a la Iliria, a afrontar los asuntos de allí. Era el año primero de la Olimpiada ciento cuarenta<sup>39</sup>.

### *Aníbal toma Sagunto*

Aníbal levantó el campo y avanzó con sus tropas desde Cartagena, marchando hacia Sagunto. Esta ciudad está no lejos del mar, y al pie mismo de una región montañosa que une los límites de la Iberia y de la Celtiberia<sup>40</sup>; dista de la costa unos siete estadios. Sus habitantes se alimentan del país, que es muy fértil, y sobrepasa en fertilidad a todos los de España. Aníbal, pues, acampó allí, y estableció un asedio muy activo, ya que preveía muchas ventajas para el futuro si conseguía tomar la ciudad por la fuerza. Creía, en primer lugar, que quitaría a los romanos la esperanza de trabar la guerra en España, y después que, si intimidaba a todos, volvería más dóciles a los ya sometidos a los cartagineses, y más cautos a los iberos que conservaban todavía la independencia. Pero lo principal era que al no dejar atrás a ningún enemigo, podría continuar su marcha<sup>41</sup> sin ningún peligro. Además, suponía que iba a disfrutar de recursos en abundancia para sus empresas, que infundiría coraje a sus soldados con la ganancia que cada uno lograría, y que con el botín que enviaría procuraría la prosperidad de los cartagineses residentes en la metrópoli. Haciendo tales cálculos, proseguía el asedio con fir-

<sup>39</sup> 220/219.

<sup>40</sup> La referencia es dudosa. Quizá se aluda a la serranía de Cuenca, pero aun las estribaciones más occidentales de ella distan bastante de Sagunto. Quizás se aluda a los montes del Maestrazgo. Ni tan siquiera Walbank, tan minucioso en sus disquisiciones geográficas, se atreve a dar un nombre para este monte (o cadena montañosa).

<sup>41</sup> En marcha hacia Roma. Ocupará buena parte del contenido de este libro.

meza: a veces daba ejemplo a sus tropas y participaba de la fatiga de las operaciones, otras las arengaba y arrostraba audazmente los peligros. Tras sostener penalidades y preocupaciones de todas clases, tomó la ciudad al asalto tras ocho meses. Se apoderó de muchas riquezas, de prisioneros y de bagaje. El dinero, según su propósito inicial, lo reservó para sus propios proyectos; los prisioneros, los distribuyó entre sus soldados, según el merecimiento de cada uno, y remitió el bagaje íntegro a Cartago sin pérdida de tiempo.

Al obrar así, ni erró en sus cálculos ni falló en su propósito inicial: aumentó en los soldados el ardor combativo y predispuso a los cartagineses para lo que les anunciaba. Y con tales pertrechos y provisiones él mismo logró muchas cosas útiles después.

En aquella época Demetrio, que había intuido los planes de los romanos, envió a toda prisa a Dímale <sup>42</sup> una guarnición considerable, con el avituallamiento correspondiente. En las demás ciudades hizo ejecutar a sus adversarios políticos y entregó el gobierno a sus partidarios. Luego escogió, de entre sus hombres, a los seis mil más valerosos y los apostó en Faros <sup>43</sup>. El general romano, cuando llegó a la Iliria con sus fuerzas y vio al enemigo, confiado en sus pertrechos y en la fortaleza de Dímale, que suponían inexpugnable, decidió iniciar el ataque por ella, con la intención de espantar a sus contrarios. Arengó a los jefes de sus unidades, dispuso las obras en muchos puntos e inició el asedio. Tomó la ciudad en siete días y desmoralizó rápidamente a todos sus adversarios. Por este motivo

<sup>42</sup> Lugar de ubicación desconocida, pero con seguridad no lejos de la actual Durazzo.

<sup>43</sup> Cf. 16, 23 de este mismo libro.

se le presentaron al punto las gentes de todas las ciudades, para pasársele y confiarse a la lealtad romana. El cónsul las admitió a todas en condiciones adecuadas a cada caso y luego navegó hacia Faros, contra el mismo Demetrio.

#### *Asedio de Faros*

Enterado, sin embargo, de que la ciudad era un fortín y de que en ella se habían concentrado gran cantidad de tropas escogidas, y de que, además, estaba aprovisionada copiosamente y dotada de los pertrechos necesarios, temió que el asedio resultara difícil y prolongado. Tanteó todas sus posibilidades, y al final usó, en esta ocasión, de la estrategia siguiente: navegó de noche hacia la isla con todo su ejército e hizo desembarcar a la mayor parte de sus fuerzas en unos lugares boscosos y abruptos. Al sobrevenir el día navegó ostensiblemente con veinte naves hasta muy cerca del puerto de la ciudad. Los hombres de Demetrio, al ver las naves, despreciaron su número, y se precipitaron de la ciudad hacia el puerto, para impedir el desembarco enemigo.

Así que se trabó el combate la pelea se iba haciendo más encarnizada, y cada vez iban saliendo más hombres de la ciudad para prestar apoyo; acabaron por salir todos hacia el lugar de la refriega. Los romanos desembarcados durante la noche se unieron en este momento a sus camaradas; habían marchado por lugares encubiertos. Ocuparon un montecillo escarpado que hay entre la ciudad y el puerto y cerraron el paso a los que salían de la ciudad para prestar auxilio. Los hombres de Demetrio, al ver lo sucedido, cesaron de acosar a los desembarcados, y agrupándose y exhortándose atacaron, con la intención de entablar una batalla campal contra los ocupantes del montecillo. Los romanos, como vieron que el ataque de los ilirios era enérgico y

- ordenado, cayeron sobre sus formaciones provocando el
- 6 espanto. Simultáneamente a lo que se acaba de relatar, los que habían desembarcado de las naves, al ver lo que pasaba, atacaron la retaguardia enemiga. Los romanos, pues, lanzándose por todos lados, promovieron una confusión y tumulto no pequeño entre los ilirios.
- 7 Desde ese momento, al ser acosados unos de frente y otros por la espalda, finalmente Demetrio y sus fuerzas se dieron a la fuga; algunos huyeron hacia la ciudad, pero la mayoría se esparció por la isla, campo a traviesa.
- 8 En previsión de cualquier eventualidad Demetrio tenía fondeados unos esquifes en un lugar apartado, y se retiró hacia ellos. Esperó a la noche, embarcó y se hizo a la mar, presentándose inesperadamente al
- 9 rey Filipo, en cuya corte pasó el resto de su vida. Fue hombre audaz y corajudo, pero irreflexivo y muy poco
- 10 razonable, lo cual le ocasionó una muerte en consentimiento con este carácter de toda su vida. Con el consentimiento de Filipo intentó conquistar, por sorpresa y sin plan preconcebido, la ciudad de Mesene<sup>44</sup>. Y murió en el curso de la acción, cosa que expondremos con detalle cuando llegue su momento<sup>45</sup>.
- 12 El cónsul romano Emilio tomó, pues, Faros al primer embate y la destruyó. Cuando se apoderó del resto de la Iliria y organizó todo según su criterio, ya a finales del verano<sup>46</sup> regresó a Roma y efectuó en ella una entrada triunfal, entre los agasajos populares.
- 13 Se entendía, en efecto, que había dirigido la acción no sólo con destreza, sino, sobre todo, con valor.

<sup>44</sup> Ciudad situada en el extremo N. del golfo Pérsico.

<sup>45</sup> Esta descripción se ha perdido.

<sup>46</sup> Del año 219.

*Retorno a los temas de España. Crítica de la historiografía contemporánea*

Cuando llegó a los romanos la <sup>20</sup> noticia de la toma de Sagunto, no celebraron ninguna asamblea, ¡no, por Zeus!, para tratar de la guerra, cosa que afirman algunos historiadores que llegan a incluir los discursos pronunciados por los rivales políticos, actuando de manera totalmente absurda. ¿Cómo iba a ser posible <sup>2</sup> que los romanos, que en el año anterior habían advertido a los cartagineses que si invadían el país de los saguntinos les declararían la guerra, se reunieran, tomada ya por la fuerza la ciudad de Sagunto, para deliberar si debían pelear o no? ¿Cómo y de qué forma <sup>3</sup> presentan éstos el extraño abatimiento del senado romano y, al mismo tiempo, afirman que los padres llevaron a la asamblea a sus hijos de doce años, quienes participaron en las discusiones, y no revelaron a nadie, ni siquiera a los parientes, ningún secreto? Nada de esto es lógico ni verídico en absoluto, a no <sup>4</sup> ser que, ¡por Zeus!, la Fortuna hubiera proporcionado a los romanos, entre otras muchas cosas, ser juiciosos ya de nacimiento. Contra semejantes libros, como los <sup>5</sup> que escriben Quéreas y Sósilo<sup>47</sup>, no hay que decir más; creo que tienen la disposición y la fuerza no de una historia, sino de cuentos de barbería o de charlatanes vulgares.

Los romanos, al saber lo ocurrido con los saguntinos, eligieron unos embajadores y los enviaron sin dilación a Cartago<sup>48</sup>. Debían proponer alternativamente <sup>6</sup> dos cosas: si aceptaban la primera, los cartagineses

<sup>47</sup> Son los historiadores aludidos al principio de este capítulo. De Quéreas no sabemos nada; Sósilo fue un espartano que sirvió en el ejército de Anibal, y a lo que parece, tuvo una especial predilección por él.

<sup>48</sup> El porqué y el cómo de esta embajada no están muy claros. Véase la amplia discusión de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

sufrían a todas luces daño y vergüenza; la segunda les representaba el inicio de problemas y de grandes peligros. En efecto, los romanos exigían la entrega del general Aníbal y de sus consejeros; de lo contrario, habría guerra. Los romanos llegaron a Cartago, se presentaron al senado cartaginés y expusieron sus condiciones. Los cartagineses escucharon con disgusto aquellas propuestas; sin embargo, eligieron como portavoz suyo al más hábil de entre ellos, y empezaron a justificarse.

El portavoz silenció los pactos establecidos por Asdrúbal, como si no hubieran existido, o bien, de existir, como si para ellos fueran nulos, ya que se habían convenido sin haberles sido consultados. En ello los cartagineses decían seguir el ejemplo dado por los propios romanos: en efecto, el tratado concluido en la guerra de Sicilia por Lutacio, decían, fue convenido por él, y luego invalidado por el pueblo romano porque se había hecho al margen de su parecer. Los cartagineses urgían y apoyaban toda su defensa en los pactos últimos establecidos en la guerra de Sicilia. Y negaban que en ellos constara algo escrito acerca de España; lo único que se ordenaba específicamente era que los aliados de ambos bandos gozaran de seguridad. Y demostraron que entonces los saguntinos no eran aliados de los romanos; a este propósito leyeron muchas veces los tratados.

Los romanos rechazaron de plano estas justificaciones, afirmando que si Sagunto se mantuviera aún intacta, tal justificación sería admisible, y se podrían tratar los puntos discutibles. Pero como la ciudad había sido violada, o había que entregar a los culpables (con lo cual quedaría claro para todos que ellos no habían participado en la injusticia, sino que esta obra se había llevado a cabo contra su parecer) o, si se negaban a ello, reconocían que habían participado

(en la injuria y aceptaban la guerra). Tales fueron, en resumen, los argumentos que ellos utilizaron.

Nos parece necesario el no dejar de lado este punto, para que ni aquellos a quienes incumbe el deber y la necesidad de ser muy estrictos en este aspecto se aparten de la verdad en sus deliberaciones más indispensables, ni tampoco los estudiosos se confundan, inducidos a error por la ignorancia o la parcialidad de los historiadores; por el contrario, debe haber una visión de conjunto de las obligaciones mutuas que pactaron romanos y cartagineses desde el principio hasta la época actual.

El primer pacto<sup>49</sup> entre romanos y cartagineses se concluye en tiempos de Lucio Junio Bruto y Marco Horacio, los primeros cónsules romanos nombrados después del derrocamiento de la monarquía. Bajo su consulado se consagró el templo de Júpiter<sup>50</sup> capitolino. Esto ocurrió veintiocho años antes del paso de Jerjes a Grecia<sup>51</sup>. Lo hemos transcrito traduciéndolo con la máxima exactitud posible, pues también entre los romanos es tan grande la diferencia entre la lengua actual y la antigua, que, algunas cosas, apenas si los más entendidos logran discernirlas claramente. Los pactos son del tenor siguiente: «Que haya paz entre los romanos y sus aliados y los cartagineses y sus aliados bajo las condiciones siguientes: que ni los romanos ni los aliados de los romanos naveguen más allá del

<sup>49</sup> Los capítulos 22-28 versan sobre los tratados habidos entre romanos y cartagineses. Los conocimientos actuales acerca de estos tratados presentan una problemática ardua y complicada, imposible de tratar aquí. Remito, pues, a WALBANK, *Commentary*, ad loc., donde el mismo comentarista dice ceñirse a lo más esencial, y remite a una bibliografía más amplia.

<sup>50</sup> Se traduce «Júpiter» y no «Zeus», por tratarse de una divinidad romana.

<sup>51</sup> En el 480.

cabo Hermoso<sup>52</sup> si no les obliga una tempestad, o bien  
 6 los enemigos. Si alguien es llevado allá por la fuerza,  
 que no le sea permitido comprar ni tomar nada, ex-  
 cepción hecha de aprovisionamientos para el navío o  
 7 para los sacrificios (y que se vayan a los cinco días).  
 8 Los que lleguen allí con fines comerciales no podrán  
 concluir negocios si no es bajo la presencia de un he-  
 9 raldo o de un escribano. Lo que se venda en presencia  
 de éstos, sea garantizado al vendedor por fianza pú-  
 10 blica, tanto si se vende en África como en Cerdeña. Si  
 algún romano se presenta en Sicilia, en un paraje so-  
 metido al dominio cartaginés, gozará de los mismos  
 11 derechos. Que los cartagineses no cometan injurias  
 contra el pueblo de los ardeatinos, ni contra el de  
 Antio, ni contra el de Laurento, ni contra el de Circes,  
 ni contra el de Terracina<sup>53</sup>, ni contra ningún otro pue-  
 12 blo latino sujeto a los romanos. Que los cartagineses  
 no ataquen a las ciudades que no les están sometidas,  
 y si las conquistan, que las entreguen intactas a los  
 13 romanos. Que no levanten ninguna fortificación en el  
 Lacio. Si penetran en él hostilmente, que no lleguen a  
 pernoctar allí.»

23 El cabo Hermoso está junto a la misma Cartago,  
 2 en la parte norte. Los cartagineses se oponen rotunda-  
 mente a que los romanos naveguen por allí hacia el  
 Sur con naves grandes, de guerra, porque, según creo,

<sup>52</sup> Se trata, sin duda alguna, de un cabo que ahora no po-  
 demos determinar, pero que está en la costa tunecina.

<sup>53</sup> Ciudades costeras del Lacio, la más lejana, a 93 kilóme-  
 tros de Roma, aunque en una fecha tan antigua —estamos en  
 el 508 a. C.— es difícil que Roma tuviera un poder tan amplio.  
 Véase en WALBANK, *Commentary*, ad loc., y en la nota de Fou-  
 CAULT, *Polybe*, III, a este lugar, las posibles explicaciones, y al-  
 guna posibilidad de corrupción en el texto griego, principalmente  
 en lo que atañe a la ciudad de Laurento.

no quieren que conozcan los parajes de Bisatis<sup>54</sup>, ni  
 los de la Sirte Pequeña, la llamada Emporio por la  
 fertilidad de sus tierras. Si alguien permanece allí for-  
 zado por una tempestad o por la presión de los ene-  
 migos, y carece de lo preciso para los sacrificios o para  
 el equipamiento de la nave, se avienen a que lo tome,  
 pero nada más; exigen que los que han fondeado allí  
 zarpen al cabo de cinco días. Los romanos tienen 4  
 permiso de navegar, si es con fines comerciales, hasta  
 Cartago, hasta la región de África limitada por el  
 cabo Hermoso, y también a Cerdeña y a la parte de  
 Sicilia sometida a los cartagineses; éstos les prometen  
 asegurar con una fianza pública un trato justo. Por 5  
 este pacto se ve que los cartagineses hablan como de  
 cosa propia de Cerdeña y de África; en cambio, al tra-  
 tar de Sicilia, precisan formalmente lo contrario, dado  
 que hacen los pactos sobre aquella parte de Sicilia que  
 cae bajo el dominio cartaginés. Igualmente los roma- 6  
 nos pactan acerca de la región del Lacio, y no hacen  
 mención del resto de Italia porque no cae bajo su po-  
 testad.

Después de éste, los cartagine- 24  
 ses establecen otro pacto<sup>55</sup>, en el  
 cual han incluido a los habitantes  
 de Tiro y Utica. Al cabo Hermo- 2  
 so añaden Mastia y Tarseyo<sup>56</sup>,  
 más allá de cuyos lugares prohíben a los romanos

#### *Segundo tratado*

<sup>54</sup> Era el área que va de los actuales golfos de Hammamet  
 al de Gabes.

<sup>55</sup> Parece que es del año 348. Polibio señala que el pacto  
 lo establecen los cartagineses: quiere dar a entender que to-  
 davía están en posición dominante. El área de dominio cartagi-  
 nés se ha extendido, pero la inclusión de Tiro produce difi-  
 cultades. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>56</sup> Estos lugares se encuentran indudablemente en la Penín-  
 sula Ibérica, pero su localización es insegura. Cf. WALBANK,  
*Commentary*, ad loc.

- 3 coger botín y fundar ciudades. El pacto es como sigue:  
 «Que haya amistad entre los romanos y los aliados  
 de los romanos por una parte y el pueblo de los cartagineses, el de Tiro, el de Útica y sus aliados por la otra,  
 4 bajo las siguientes condiciones: que los romanos no recojan botín más allá del cabo Hermoso, de Mastia ni de Tarseyo, que no comercien en tales regiones ni  
 5 funden ciudades. Si los cartagineses conquistan en el Lacio una ciudad no sometida a los romanos, que se reserven el dinero y los hombres, pero que entreguen  
 6 la ciudad. Si los cartagineses aprehenden a ciudadanos cuya ciudad haya firmado un tratado de paz con Roma, pero que no sea súbdita romana, que los prisioneros no sean llevados a puertos romanos; pero si uno desembarca y un romano le da la mano<sup>57</sup>, sea  
 7 puesto en libertad. Que los romanos se comporten  
 8 igualmente. Si un romano recoge agua o provisiones de un país dominado por los cartagineses, que este aprovisionamiento no sirva para perjudicar a nadie de  
 9 aquellos que están en paz y amistad (con los cartagineses. Y que lo mismo) haga el cartaginés. Pero en  
 10 caso contrario, que no haya venganza privada; si alguien se comporta así, que sea un crimen de derecho  
 11 común. Que ningún romano comercie ni funde ciudad alguna, ni tan siquiera fondee en Africa o en Cerdeña<sup>58</sup>, a no ser para recoger provisiones o para reparar una nave. Si un temporal le lleva hasta allí, que se marche  
 12 al cabo de cinco días. En la parte de Sicilia dominada

<sup>57</sup> Se da esta traducción porque hay una referencia clara a la institución romana de la manumisión: el dueño tocaba la cabeza del esclavo y pronunciaba la fórmula correspondiente, y el esclavo quedaba libre.

<sup>58</sup> Aquí las fuentes textuales griegas presentan una laguna, en el texto subrayado, que traduzco según la restitución, aceptada por Büttner-Wobst y por Walbank, de otros filólogos muy anteriores.

por los cartagineses y en Cartago, un romano puede hacer y vender todo lo que es lícito a un ciudadano cartaginés. Y que los cartagineses hagan lo mismo en Roma.»

En este pacto los cartagineses aumentan sus exigencias con respecto a Africa y Cerdeña, y prohíben a los romanos todo acceso a estos territorios. Y por el contrario, en cuanto a Sicilia, aclaran que se trata de la parte que les está sometida. Lo mismo hacen los romanos en cuanto al Lacio: exigen a los cartagineses que no se dañe a los de Ardea, a los de Antio, a los de Circe ni a los de Terracina. Estas ciudades son costeras, y por ellas los romanos firmaron el pacto.

Los romanos establecieron todavía un último pacto en la época de la invasión de Pirro<sup>59</sup>, antes de que los cartagineses iniciaran la guerra de Sicilia. En este pacto

se conservan todas las cláusulas de los acuerdos ya existentes, pero además se añaden las siguientes: «Si hacen por escrito un pacto de alianza contra Pirro, que lo hagan ambos pueblos, para que les sea posible ayudarse mutuamente en el país de los atacados. Sea cual fuere de los dos el que necesite ayuda, sean los cartagineses quienes proporcionen los navíos para la ida y para la vuelta; cada pueblo se proporcionará los víveres. Los cartagineses ayudarán a los romanos por mar, si éstos lo necesitan. Nadie obligará a las dotaciones<sup>60</sup> a desembarcar contra su voluntad.»

Siempre era obligado hacer un juramento. Se hicieron así: en los primeros pactos los cartagineses juraron por los dioses paternos y los romanos por unas

<sup>59</sup> Años 279/8.

<sup>60</sup> Se refiere a las dotaciones de las naves cartaginesas. Es una restricción a lo estipulado inmediatamente antes.

7 piedras <sup>61</sup>, según la costumbre antigua, y además por Ares y por Enialio. El juramento por las piedras se efectúa así: el que lo formula con referencia a un tratado toma en su mano una piedra, y tras jurar por la fe pública, dice lo siguiente: «Si cumplo este juramento, que todo me vaya bien, pero si obro o pienso de manera distinta, que todos los demás se salven en sus propias patrias, en sus propias leyes, en sus propios bienes, templos y sepulturas, y yo solo caiga así, como ahora esta piedra.» Y tras decir esto, arroja la piedra de su mano.

26 Las cosas eran así, y los pactos se conservan todavía hoy en tablas de bronce en el templo de Júpiter Capitolino, en el archivo de los ediles <sup>62</sup>. ¿Quién no se extrañará, naturalmente, del historiador Filino <sup>63</sup>, no de que ignore estos pactos (lo cual no es de extrañar, pues incluso ahora los más ancianos romanos y cartagineses, incluso los que parece que más se habían interesado por el tema, los ignoraban), sino de que se atrevió, no sé con qué seguridades, a escribir lo contrario: dice que entre romanos y cartagineses había un pacto según el cual los romanos no podían entrar

<sup>61</sup> O quizás, simplemente, «por las piedras», como traduce Foucault, quien varía ligeramente el texto griego. Por lo demás, el texto polibiano parece algo confuso. Ares, en mitología romana, es Marte, pero los romanos desconocían, me refiero al pueblo, su advocación de Enialio, típicamente griega. En la mente de Polibio se ha producido una contaminación.

<sup>62</sup> Polibio ha leído personalmente, al menos en parte, algunos de estos tratados. Los ediles y los cuestores eran los encargados de custodiar los archivos oficiales romanos, depositados en el templo de Júpiter Capitolino.

<sup>63</sup> Filino de Agrigento, historiador contemporáneo de la primera guerra púnica, que historió, y al que Polibio utilizó como fuente.

en ningún punto de Sicilia, ni los cartagineses en ninguno de Italia. Según Filino los romanos pisotearon los pactos y los juramentos, puesto que fueron los primeros en hacer una travesía a Sicilia. Pero tales pactos no existen, y no hay constancia escrita acerca de ellos; Filino los cita explícitamente en su segundo libro. De tal cosa hemos hecho mención en la introducción a nuestra *Historia*, pero dejamos hasta ahora el tratarla con algún detalle, porque muchos en este tema se equivocan por fiarse de la obra de Filino. Entendámonos: si alguien reprocha a los romanos su paso a Sicilia relacionándolo con el hecho de que habían admitido sin reservas a los mamertinos a su amistad, y cuando éstos se la pidieron, les prestaron ayuda, aunque los mamertinos habían traicionado no sólo a Mesina, sino también a Regio, desde esta perspectiva su indignación es explicable. Pero si éste supone que la travesía significó la transgresión de pactos y juramentos, aquí su ignorancia es manifiesta.

Porque, acabada la guerra de Sicilia, los romanos hacen unos pactos distintos <sup>64</sup>, en los cuales las cláusulas contenidas eran las siguientes: «Los cartagineses evacuarán (toda Sicilia y) todas las islas que hay entre Italia y Sicilia. Que ambos bandos respeten la seguridad de los aliados respectivos. Que nadie ordene nada que afecte los dominios del otro, que no levanten edificios públicos en ellos ni recluten mercenarios, y que no atraigan a su amistad a los aliados del otro bando. Los cartagineses pagarán en diez años dos mil doscientos talentos, y en aquel mismo momento abonarán mil. Los cartagineses devolverán sin rescate todos sus prisioneros a los romanos.» Después de esto, al acabar la guerra de Africa, los romanos, tras amenazar con la guerra a los cartagineses hasta casi decretarla, año-

<sup>64</sup> En el año 241.

8 dieron al pacto lo siguiente: «Los cartagineses evacua-  
rán Cerdeña y pagarán otros mil doscientos talentos»,  
9 tal como explicamos más arriba. Y a todo lo dicho  
hay que añadir las últimas convenciones aceptadas por  
Asdrúbal en España, según las cuales «los cartagineses  
10 no cruzarían el río Ebro en son de guerra». Éstos fue-  
ron los tratados entre romanos y cartagineses desde  
el principio hasta los tiempos de Aníbal.

21 Así como comprobamos que el paso de los romanos  
a Sicilia no significó una transgresión de los juramen-  
tos, del mismo modo, a propósito de la segunda guerra,  
a cuyo fin corresponde el tratado referente a Cerdeña,  
no podemos encontrar una causa o un pretexto que  
2 lo justifique. Está reconocido que los cartagineses eva-  
cuaron Cerdeña y debieron añadir la suma indicada  
de dinero obligados por las circunstancias y contra  
3 toda justicia. Pues la acusación formulada por los ro-  
manos, de que sus tripulaciones habían resultado da-  
ñadas durante la guerra de Africa, se desvaneció en el  
momento en que los cartagineses les devolvieron los  
cautivos y los romanos, en agradecimiento, restituyeron  
sin rescate a los prisioneros de guerra que retenían.  
4 Hemos expuesto esto con detalle en el libro prece-  
dente<sup>65</sup>.

5 En esta situación las cosas, nos resta ver y exami-  
nar atentamente a cuál de los dos bandos se debe  
achacar la causa de la guerra de Aníbal.

22 Hemos indicado ya las razones aducidas entonces  
por los cartagineses; ahora expondremos las de los  
romanos, no las que entonces manifestaron, indigna-  
dos por la pérdida de Sagunto, aunque se habla de  
ellas con mucha frecuencia y por muchos.

<sup>65</sup> Pequeña confusión de Polibio: esto ha sido tratado en el  
libro primero.

En primer lugar, no se debían tener por nulos los 2  
pactos establecidos con Asdrúbal, como los cartagine-  
ses tienen la desfachatez de afirmar. En efecto: en 3  
ellos no constaba, como en los establecidos por Luta-  
cio, «que serán vigentes si los ratifica el pueblo ro-  
mano»; Asdrúbal había pactado con autoridad omní-  
moda un tratado en el que se decía «que los  
cartagineses no cruzarían el río Ebro en son de guerra».  
En los pactos de Sicilia consta, como reconocen tam- 4  
bién aquéllos, «que cada parte garantizará la seguridad  
de los aliados de la otra», y no sólo a los aliados de  
aquel momento, que era la interpretación ofrecida por  
los cartagineses. Pues en tal caso se habría añadido 5  
«que no se aceptarían otros aliados que los que enton-  
ces tenían», o bien «que los aceptados posteriormente  
no se incluirían en el pacto». Pero no se hizo constar 6  
ninguna cláusula en este sentido, con lo cual quedó  
claro que la seguridad afectaba a los aliados de ambas  
partes, a los de entonces y a los que se adhirieran  
posteriormente. Lo cual es muy lógico, pues, por des- 7  
contado que no iban a hacer unos pactos tales que  
les privaran de la posibilidad de unirse, según las cir-  
cunstancias, a aquellos que les parecieran amigos y  
aliados útiles, o bien que les forzaran, tras aceptar su 8  
lealtad, a abandonarles cuando alguien cometiera una  
injusticia contra ellos. Lo esencial en el pensamiento 9  
de ambas partes en los pactos era esto: no molestar  
a los aliados que entonces tenía cada parte, y que nin-  
guna de ellas debía aceptar a los aliados de la otra.  
En cuanto a los adquiridos posteriormente, se estipu- 10  
laba «no reclutar mercenarios entre ellos; ninguna  
parte ordenaría nada que afectara los dominios de la  
otra o los de sus aliados; se garantizaba la seguridad  
de los ciudadanos de ambas partes».

Las cosas estaban así, y era notorio que los sa- 30  
guntinos ya se habían aliado con los romanos muy

2 anteriormente a la época de Aníbal. He aquí la máxima prueba de ello, reconocida por los mismos cartagineses: cuando los saguntinos se pelearon entre ellos, no se dirigieron a los cartagineses, a pesar de que los tenían muy cerca y disponían ya de los asuntos de España, sino a los romanos, y gracias a ellos endere-  
 3 zaron su situación política. Si alguien apunta que la destrucción de Sagunto fue la causa de la guerra, debe concedérsele que los cartagineses la provocaron injustamente, contra el pacto establecido por Lutacio, en el que se estipulaba que los aliados respectivos debían gozar de seguridad, y también contra el pacto firmado por Asdrúbal, según el cual los cartagineses no debían  
 4 cruzar el río Ebro con fines bélicos. Pero si como causa de esta guerra se aduce la pérdida de Cerdeña por parte de los cartagineses, y el dinero unido a tal pérdida, en este caso se debe reconocer que los cartagineses hicieron con toda razón la guerra de Aníbal; aprovecharon una circunstancia que se les presentaba de vengarse de quienes les habían inferido daños, aprovechándose de otra circunstancia.

31 Quizás algunos de los que miran sin discernimiento estos hechos nos podrían decir que no era necesaria tanta minuciosidad y puntualización en el tema. Sin embargo, si alguien cree que en toda circunstancia se basta a sí mismo, le diré que, en este caso, el conocimiento del pasado es cosa bella, pero no imprescindible. Mas si no hay nadie, en nuestra condición humana, que se atreva a afirmar una cosa así ni para su vida privada ni en los asuntos públicos (efectivamente: ningún hombre sensato, aunque de momento sus negocios marchen viento en popa, fundará razonablemen-

*La causalidad en la historia*

te en ello una esperanza de futuro)<sup>66</sup>, entonces afirmo 4 que el conocimiento del pasado no sólo es bello, sino que es necesario. ¿Pues cómo encontraría ayuda y alia- 5 dos ante las injusticias de que uno se ve víctima, o su patria?, o bien, si uno pretende ampliar sus dominios e iniciar unas hostilidades, ¿cómo podría decidir a la gente a que le ayude en su intento?, y el que está sa- 6 tisfecho de su situación, ¿cómo estimulará hábilmente a los que han de asegurársela y velar por él si no conoce el pasado de cada uno? Porque para el presente 7 siempre hay quienes amoldándose y disimulando al mismo tiempo, hablan y actúan de modo tal que resulta difícil penetrar en sus intenciones; en muchos, la verdad resulta enormemente oscurecida. La historia 8 del pasado, en cambio, que comporta la prueba de los hechos reales, pone verdaderamente de relieve los propósitos y las decisiones de las personas, y evidencia de quién se puede esperar agradecimiento, servicio y asistencia, y de quién lo contrario a tales disposiciones. 9 Por estos hechos, pues, muchas veces y en muchas ocasiones es posible adivinar quién se va a compadecer de nosotros, quién compartirá nuestra cólera e incluso quién va a hacernos justicia. Lo cual representa 10 una gran ayuda para la vida humana, tanto en lo público como en lo privado. He aquí por qué los que 11 escriben las historias y los que las leen no deben preocuparse tanto de la narración de los mismos hechos como de aquellos que les son anteriores, presentes o futuros. Ya que si se suprime de la historia 12 el porqué, el cómo, el gracias a quién sucedió lo que sucedió y si el resultado fue lógico, lo que queda es un ejercicio, pero no una lección. De momento deleita, 13 pero es totalmente inútil para el futuro.

<sup>66</sup> A pesar de que el sentido general es claro, el texto griego ofrece aquí numerosas dificultades de transmisión, que se pueden ver en una edición crítica.

32 Por esto, se debe suponer ignorancia en los que estiman que nuestra obra es difícil de adquirir y de leer por el número y la extensión de sus libros. ¡Cuán más fáciles resultan de adquirir y de leer cuarenta libros enhebrados como por un hilo y seguir claramente las acciones desarrolladas en Italia, en Sicilia y en África, enlazando con los hechos descritos por Timeo, después ver la época de Pirro<sup>67</sup>, hasta la toma de Cartago, y conectar con lo sucedido en las otras partes del mundo, desde la fuga de Cleómenes, el rey de Esparta, hasta la confrontación de aqueos y romanos frente al Istmo, que no adquirir y leer las obras que los diversos autores han dedicado a los hechos en particular! Dejando aparte que estas obras son muchas más que nuestras propias *Memorias*<sup>68</sup>, es imposible que sus lectores recojan algo seguro. En primer lugar, porque la mayoría de tratadistas no escribe lo mismo acerca de un mismo tema; después, porque omiten las acciones que han sido simultáneas, acciones que juzgadas y contempladas comparativamente, cada una es susceptible de un juicio distinto al que recibiría de considerársela aisladamente, y, finalmente, porque tales autores son incapaces de rozar tan siquiera el aspecto más importante. Afirmamos, en efecto, que las partes más importantes de la historia son lo que se sigue de los hechos, de inmediato o a cierta distancia, y, principalmente, sus causas. Vemos que la guerra de Antíoco se originó en la de Filipo, ésta en la de Aníbal, y la de Aníbal en la de Sicilia; los hechos que hubo entre ellas representan muchas y variadas peripecias, pero convergen en un mismo fin.

<sup>67</sup> El texto griego presenta aquí una laguna que no se señala en la traducción, porque, aun así, hay sentido completo y coherente. Puede verse cualquier edición crítica.

<sup>68</sup> Otra manera que tiene Polibio de denominar su propia obra.

Todo esto puede ser visto y entendido por la lectura de historias universales<sup>69</sup>, pero es imposible verlo por las guerras mismas, como la de Perseo o la de Filipo, a menos que quien lea las confrontaciones tal como vienen expuestas por ellos crea que se ha hecho con un conocimiento claro de la disposición y el desarrollo de toda la guerra. Pero esto no es así, sino que creo que la diferencia que hay entre aprender y sólo escuchar es la misma que existe entre nuestra *Historia* y las exposiciones particulares.

*Inicios de la guerra de Aníbal*

Los embajadores romanos (de ahí arrancó nuestra digresión) escucharon el alegato cartaginés y no añadieron nada. El de mayor edad mostró su manto a los senadores cartagineses, y les dijo que allí les llevaba la guerra y la paz; lo sacudiría y les soltaría lo que eligieran. El sufeta<sup>70</sup> cartaginés les dijo que soltaran lo que a ellos les pareciera bien. Cuando el romano dijo que les soltaba la guerra, la mayoría de los componentes del senado alzó la voz y gritó que la aceptaban. Y con estas palabras los embajadores y el senado cartaginés se separaron.

Aníbal pasaba el invierno en Cartagena. Primero licenció a los iberos hacia sus ciudades respectivas, con la intención de tenerlos dispuestos y animosos para el futuro. A continuación dio instrucciones a su hermano Asdrúbal<sup>71</sup> acerca de cómo debía ejercer el

<sup>69</sup> Sobre el concepto estricto de «historia universal» en Polibio, léase DÍAZ TEJERA, *Polibio*, págs. CXI-CXV.

<sup>70</sup> El texto griego dice «rey», pero este título no existía entre los cartagineses; debe de tratarse del sufeta de más edad. Los sufetas eran los dos magistrados supremos de Cartago y de otras repúblicas fenicias.

<sup>71</sup> No se trata del yerno de Amílcar, muerto ya, sino de un hermano de Aníbal. Saldrá todavía otro hermano de éste, Magón; ambos desempeñan cargos militares.

gobierno y la autoridad sobre los iberos, y de cómo debía hacer los preparativos contra los romanos en el caso de que él mismo se encontrara ausente en cualquier otro sitio. En tercer lugar se preocupó de la seguridad de los asuntos de Africa. Con cálculo propio de un hombre prudente y experto hizo pasar soldados de Africa a España y de ésta al Africa, estrechando con semejante plan la lealtad mutua de ambas poblaciones. Los que pasaron al Africa fueron los tersitas y los mastios, y además los oretanos iberos<sup>72</sup> y los ólcades. Los soldados procedentes de estos pueblos sumaban mil doscientos jinetes y trece mil ochocientos cincuenta hombres de a pie. Además de éstos había baleares<sup>73</sup> (en número de ochocientos setenta), cuyo nombre significa propiamente «honderos». Los habitantes de estas islas usan principalmente hondas, y este uso ha dado nombre a las islas y a sus moradores. La mayoría de los citados fue acantonada en Metagonia<sup>74</sup> del Africa, pero algunos lo fueron en la misma Cartago. A ella mandó también Aníbal cuatro mil infantes, en calidad a la vez de rehenes y refuerzo, pro-

<sup>72</sup> De los tersitas no se sabe nada; los mastios parece que habitaban la región actual entre Cartagena y Cádiz; otros autores les llaman bastetanos. Los oretanos vivían en la región entre el Guadiana y el Guadalquivir. Es indudable que Polibio les aplica el gentilicio de iberos, lo que significa una procedencia distinta de estos oretanos con referencia a los otros. Véase WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>73</sup> Son numerosos los testimonios de la antigüedad clásica según los cuales las Baleares proporcionaban, por aquel entonces, excelentes honderos. Puesto que lanzar se dice en griego *bállein*, lo más probable es que estemos ante una etimología popular por parte de Polibio. De todos modos, el eminente filólogo mallorquín don Francisco de Borja Moll me comunicó telefónicamente que ésta es la única etimología conocida del nombre «Baleares», sin que exista otra. Cf. la nota 69 del libro II.

<sup>74</sup> Parece ser la plaza española de soberanía de Ceuta.

cedentes de las ciudades llamadas de los metagonitas. En España dejó a su hermano Asdrúbal cincuenta<sup>14</sup> quiquerremes, dos cuatrirremes y cinco trirremes. De estas naves, treinta y dos quinquerremes y las cinco trirremes tenían sus dotaciones. Le confió también<sup>15</sup> como caballería cuatrocientos cincuenta libiofenicios<sup>75</sup> y africanos, trescientos ilergetes<sup>76</sup> y mil ochocientos hombres reclutados entre los nómadas: los masilios, los masalios, los macneos y los mauritanos que viven en la costa<sup>77</sup>; como infantería, once mil ochocientos<sup>16</sup> cincuenta soldados de a pie africanos, trescientos ligures, quinientos baleares y veintiún elefantes.

Nadie debe extrañarse de la exactitud de esta enumeración acerca de las disposiciones de Aníbal en España, aunque apenas la usaría uno que hubiera dispuesto personalmente las acciones en todas sus partes.

<sup>75</sup> Los libiofenicios eran los habitantes de las ciudades alrededor de las Sirtes y de la costa atlántica de Africa, que gozaban, respecto a Cartago, del derecho de *conubium*, es decir, sus ciudadanos podían contraer matrimonio con mujeres cartaginesas, y viceversa.

<sup>76</sup> Aquí traduzco «ilergetes»; la transcripción del texto griego es «lérgetes», sin duda alguna. Foucault se inclina por creer que se trata de una tribu norteafricana desconocida, cf. FOUCAULT, *Polybe*, III, pág. 71, nota al pie; WALBANK, *Commentary*, ad loc., los identifica con los conocidos ilergetes que habitaban las llanuras de Lérida y de la Violada, al S. de la provincia de Huesca.

<sup>77</sup> La costa es la de Africa. Los «nómadas» es un término genérico, que incluye, más o menos, a los siguientes. Los masilios vivían entre el cabo Tretum y la provincia romana de Africa. Los masalios (o maselios: la tradición manuscrita griega es insegura), eran también nómadas que vivían al O. de los anteriores. Los macneos vivían en territorio de la nación actual de Túnez. Pero FOUCAULT, *Polybe*, III, pág. 71, en nota al pie, siguiendo a Schweighäuser, señala que en el texto griego hay una corrupción textual, y que debe leerse «vaceos», en cuyo caso se trataría de la conocida tribu prerromana de nuestra península. Cf. la nota 32 de este libro III.

Que nadie nos condene precipitadamente si hemos procedido de modo semejante a algunos historiadores que pretenden dar visos de verdad a sus falsedades.  
 18 Pues nosotros hemos encontrado en el cabo Lacinio<sup>78</sup> esta enumeración grabada por orden de Aníbal en una tablilla de bronce en la época en que él se paseaba por Italia; hemos creído que, al menos en esta materia, la tablilla es totalmente fiable, y por esto hemos decidido dar crédito a la inscripción.

34

*Últimos preparativos  
de la marcha*

Aníbal, después de tomar sus previsiones acerca de la seguridad de las operaciones en África y en España, esperaba con impaciencia la llegada de los  
 2 mensajeros que le habían enviado los galos. En efecto: había investigado exhaustivamente la fertilidad de la tierra situada al pie de los Alpes y alrededor del Po, el número de sus habitantes, la audacia bélica de estos  
 3 hombres, y lo que le importaba más, la aversión que abrigaban contra los romanos como consecuencia de la guerra que tratamos en el libro anterior para familiarizar a los lectores con lo que ahora se va a exponer. Por esto, Aníbal se aferraba a esta esperanza y hacía toda clase de promesas; enviaba con gran interés legados a los jefes de los galos que habitaban en la parte de acá de los Alpes y a los de los mismos Alpes.  
 5 Suponía que sólo entablaría en Italia la guerra contra los romanos si podía superar las dificultades del terreno y llegar a los lugares antedichos, y si podía usar a los galos como aliados y colaboradores para el plan  
 6 que tenía fijado. Al llegar los mensajeros y anunciar la buena disposición y las esperanzas de los galos, diciendo, además, que el paso de los Alpes sería muy duro y difícil, pero no imposible, Aníbal congregó a

<sup>78</sup> A diez kilómetros de Crotona, al S. de la costa italiana.

sus tropas desde los lugares donde habían inverna<sup>79</sup> do al comienzo de la primavera. Acababa de saber lo ocurrido en Cartago, y esto le infundió ánimos. Confiado en la buena disposición de sus conciudadanos, exhortaba abiertamente a sus tropas para la guerra contra los romanos. Expuso muy claramente de qué modo los romanos habían exigido la entrega de su persona y la de todos los oficiales de su campamento; les indicó, además, la fertilidad del país al que iban a marchar, y también la buena disposición y alianza de los galos. Al ofrecérsele para el combate las tropas entu-  
 9 siásticamente, las felicitó, les indicó el día en que se iniciaría la marcha y disolvió la asamblea.

Aníbal realizó los mencionados preparativos duran-  
 35 te el invierno. Dispuso una seguridad suficiente para los asuntos de África y los de España, y cuando llegó el día señalado, se puso en marcha con noventa mil soldados de a pie y alrededor de doce mil de caballería. Cruzó el río Ebro y sometió a las tribus de ilergetes y  
 2 bargusios, también a los ernesios y a los andosinos<sup>80</sup>, hasta llegar a los llamados Pirineos. Redujo a todos  
 3 estos pueblos, tomó por la fuerza algunas ciudades más pronto de lo que hubiera esperado, pero le costaron numerosas y duras luchas en las que perdió no pocos  
 4 hombres. Dejó a Hannón como gobernante de todo el territorio desde el río<sup>81</sup> hasta los Pirineos, y de los bargusios, pues desconfiaba mucho de ellos porque  
 5 eran amigos de los romanos. Del ejército de que disponía separó para Hannón diez mil hombres de infantería y mil jinetes, y también dejó la impedimenta de los que marchaban con él. Licenció y mandó a sus  
 6

<sup>79</sup> Estamos en el año 218.

<sup>80</sup> Sobre los ilergetes, cf. la nota 76. Bargusios, ernesios y andosinos son tribus prerromanas que vivían, sin duda, en las costas mediterráneas españolas, pero de localización imposible.

<sup>81</sup> Aquí se debe de tratar del Ebro.

hogares a un número de soldados igual al mencionado, con la intención de dejarles bien dispuestos hacia él, y dejar entrever a los restantes la esperanza del retorno a la patria, no sólo a los iberos que marchaban a la campaña con él, sino también a los del país que se quedaban en sus casas. Quería que todos se pusieran en movimiento con buen ánimo por si eventualmente precisaba de su ayuda. Tomando, pues, el resto de las tropas ligeras, cincuenta mil soldados de a pie y unos nueve mil jinetes, los condujo a través de los montes llamados Pirineos para pasar el río que se llama Ródano. Tenía un ejército no tan numeroso como útil y excepcionalmente entrenado por lo continuo de sus luchas en España.

36

#### *Excursio geográfica*

Para evitar que el desconocimiento de los lugares convierta mi exposición en ininteligible habrá que explicar de dónde partió Anfbal, los lugares que atravesó, sus dimensiones y a qué partes llegó de Italia. Y deberemos decir no los nombres mismos de parajes, ríos y ciudades, como hacen algunos historiadores que suponen que esta práctica ya es totalmente suficiente para dar un conocimiento claro de las cosas. Estoy convencido de que, si se trata de lugares conocidos, la mención de los nombres ayuda no poco a la memoria. Pero si se trata de lugares desconocidos, su mención desnuda equivale a la pronunciación de palabras sin significado, que penetran en el oído, pero no hallan soporte en la mente: no se puede relacionar lo dicho con algo conocido, y la exposición resulta confusa e incomprensible. Por lo cual hay que presentar algún método que posibilite a los que hablan de lugares desconocidos llevar a sus oyentes, en la medida de lo posible, a nociones verdaderas y conocidas.

El conocimiento primero y principal, común a todos los hombres, es la distribución y ordenamiento del espacio que nos rodea. Todos, incluso las personas de menos luces, conocemos el Norte, el Sur, el Este y el Oeste. El segundo conocimiento es aquel por el cual repartimos, en relación con los puntos señalados, los lugares de la tierra: los situamos siempre, por una referencia mental, en uno de aquellos puntos, y así llegamos a nociones familiares referidas a lugares desconocidos y jamás vistos.

Establecido esto acerca de la tierra en su totalidad, lo lógico será llevar a nuestros lectores al conocimiento del mundo hoy habitado, distribuyéndolo según estos principios. Lo dividimos en tres partes y le damos tres nombres. La primera parte del mundo se llama Asia, la segunda África y la tercera Europa. Estas partes vienen limitadas por el río Tanais<sup>82</sup>, por el Nilo y por la entrada de las columnas de Hércules. El Asia viene situada entre el Nilo y el Tanais, y cae debajo de la región celeste comprendida entre el Nordeste y el Sur. El África está entre el Nilo y las columnas de Hércules, y cae debajo de la región celeste que va del Sur al Suroeste y al Oeste, hasta el poniente equinoccial, que acaba junto a las columnas de Hércules. Estas dos regiones, contempladas en su conjunto, ocupan la parte meridional del Mar Mediterráneo, de Este a Oeste. Europa está situada frente a Asia y África, al norte de ambas, y se extiende sin interrupción de Oriente a Occidente. La parte más importante y más profunda está al Norte, entre el río Tanais y el de Narbona<sup>83</sup>, no muy distante, a poniente, de la ciudad

<sup>82</sup> El río Don. Las columnas de Hércules, citadas a continuación, ya se notó anteriormente que son el estrecho de Gibraltar.

<sup>83</sup> El río Aude.

de Marsella y de las bocas del Ródano, por donde el río citado desemboca en el mar de Cerdeña<sup>84</sup>.

9 Desde el Narbona, el territorio de su entorno lo habitan los galos, hasta los montes llamados Pirineos, que se extienden, en una línea continua, desde el Mediterráneo hasta el Mar Exterior. El resto de Europa, que discurre desde dichos montes hasta poniente y hasta las columnas de Hércules, está rodeado por el Mediterráneo y el Mar Exterior; la parte que se extiende a lo largo del Mediterráneo hasta las columnas de Hércules se llama España<sup>85</sup>. La parte que se extiende a lo largo del Mar Exterior, llamado también el Gran Mar, no tiene aún una denominación común porque ha sido explorada sólo recientemente; está habitada en su totalidad por tribus bárbaras muy numerosas, de las que daremos razón en una sección posterior.

10 Por lo que se refiere a Asia y a África, que convergen en Etiopía, nadie puede decir exactamente, al menos hasta nuestra época, si en su prolongación hacia el Sur es tierra firme o bien si está rodeada de mar. Asimismo, la parte que tiende hacia el Norte, entre el Tanais y el río Narbona, hasta hoy nos es desconocida, a no ser que desde ahora nos informemos investigándolas a fondo. De los que escriben o hablan de estas regiones hay que pensar que son unos ignorantes e inventores de fábulas.

11 He explicado todo esto para que mi narración no sea totalmente oscura para los que ignoran los lugares, sino que puedan considerar, al menos, las divisiones generales y guiarse en mis afirmaciones por algún conocimiento, tomando como punto de partida los espacios celestes. Igual que al mirar solemos volver siempre

<sup>84</sup> Es decir, el mar Tirreno.

<sup>85</sup> El traductor es ahora más consciente que nunca del anacronismo. Cf. la nota 37 del libro I.

el rostro hacia lo que nos muestran, es preciso volver nuestro pensamiento y dirigirlo a los parajes que sin interrupción se nos muestran a lo largo de la exposición.

*Prosigue  
la narración*

Pero dejemos estas consideraciones y sigamos el hilo de la narración que nos hemos propuesto.

En esta época los cartagineses dominaban todas las partes de África que miran al Mar Interior, desde los altares de Fileno<sup>86</sup>, que están en la Sirte Mayor, hasta las columnas de Hércules. La longitud de esta costa es de más de dieciséis mil estadios. Habían cruzado la entrada de las columnas de Hércules y se habían apoderado de toda España hasta el promontorio que, en el Mar Mediterráneo, es el final de los montes Pirineos<sup>87</sup>; estos montes separan a los españoles de los galos. Desde este lugar a la entrada de las columnas de Hércules hay unos ocho mil estadios. Desde las columnas de Hércules a Cartagena hay unos tres mil; en esta ciudad inició Aníbal su expedición contra Italia. [A Cartagena algunos la llaman Nueva Cartago<sup>88</sup>.] Desde esta ciudad hasta el río Ebro hay dos mil seiscientos estadios, y desde este río hasta Ampurias<sup>89</sup> mil seiscien-

<sup>86</sup> Seis kilómetros tierra adentro desde la Sirte Mayor. Fileno: Polibio da el nombre en singular (Fileno), pero la referencia es a dos hermanos cartagineses que consintieron en ser sepultados vivos para salvar a Cartago. Cf. SALUSTIO, *La guerra de Yugurta* 79.

<sup>87</sup> El cabo de Creus, en la provincia de Gerona.

<sup>88</sup> Desde el punto de vista del texto griego, lo que se ha puesto entre corchetes parece ser una nota marginal de un lector, que un copista posterior incluyó en el texto.

<sup>89</sup> La ciudad griega, con un posterior asentamiento romano, establecida sobre un antiguo poblado ibérico; sus ruinas se pueden visitar. La gente del poblado ibérico parece que se desplazó hasta un montículo en la localidad próxima de Ullastret, donde,

los estadios, (desde Emporio hasta Narbona unos seiscientos). Y desde aquí hasta el paso del Ródano alrededor de mil seiscientos estadios. [Los romanos han medido y señalado cuidadosamente estas distancias emplazando mojones cada ocho estadios]<sup>90</sup>.

9 Desde el vado del Ródano, marchando junto al río remontando su curso, hasta el lugar en que las vertientes de los Alpes dan ya a Italia, hay mil cuatrocientos estadios. Pero queda el paso mismo de los Alpes, unos mil doscientos estadios, que Anfbal debía recorrer para llegar a las llanuras del río Po, en Italia. De modo que, contando desde Cartagena, la cifra total de estadios que debía recorrer era de unos nueve mil. De todos estos lugares, por lo que se refiere a las distancias, había recorrido ya casi la mitad, pero si se considera la dificultad, le restaba la mayor parte del camino.

40 Anfbal atacó los desfiladeros pirenaicos con un gran temor a los galos, porque aquellos parajes son sumamente escarpados.

2 Los romanos, en ese mismo tiempo, ya habían oído de boca de los embajadores enviados a Cartago lo decidido allí y los discursos que se pronunciaron. Supieron que Anfbal había cruzado el río Ebro con su ejército más pronto de lo que ellos suponían, y resolvieron enviar a España a Publio Cornelio Escipión con sus legiones<sup>91</sup>, y a Tiberio Sempronio a África.

hacia los años cuarenta, se descubrió el poblado ibérico más importante de Cataluña, que lleva el nombre de la localidad, Ullastret.

<sup>90</sup> También aquí lo incluido entre corchetes parece una anotación marginal de un comentarista primitivo, que un copista posterior introdujo en el texto.

<sup>91</sup> Es el año 218, año conocido en la historia de España,

Mientras éstos reclutaban las tropas y hacían los preparativos restantes, los romanos se apresuraron a organizar las colonias que ya habían planeado enviar a la Galia (Cisalpina). Pusieron gran ardor en amurar las ciudades, y ordenaron a sus futuros habitantes que se personaran en ellas en el plazo de treinta días. Cada ciudad iba a tener unos seis mil. Fundaron la primera colonia en la parte de acá del río Po y la llamaron Placentia<sup>92</sup>; la segunda, en la parte de allá del río, y la llamaron Cremona.

Apenas fundadas estas ciudades, los galos llamados boyos (que desde hacía tiempo buscaban, sin encontrarla, una ocasión para deshacerse de la amistad de los romanos), se envanecieron fiados, por las declaraciones de sus mensajeros, en la llegada de los cartagineses, y desertaron de los romanos, abandonando los rehenes entregados al final de la guerra pasada, que hemos descrito en el libro anterior a éste.

Llamaron a los insubres, que compartían con ellos la cólera por los hechos de antes, y devastaron las tierras que los romanos habían distribuido en lotes. Persecuaron a los fugitivos hasta Mutina<sup>93</sup>, que era colonia romana, y la asediaron. Entre los que encerraron allí había tres hombres notables, que habían sido enviados para repartir las tierras; uno de ellos era Cayo Lutacio, que anteriormente había sido cónsul, y dos antiguos pretores. Los tres creyeron oportuno parlamentar con los boyos, a lo que éstos accedieron. Pero cuando los romanos hubieron salido, los boyos, menospreciando cualquier derecho, les cogieron prisioneros; esperaban que así recuperarían a sus propios rehenes.

pues en él empieza el período de romanización de la Península Ibérica.

<sup>92</sup> Es la actual Piacenza.

<sup>93</sup> La actual Módena.



se percató muy bien de que en aquellas circunstancias ni podría forzar por la violencia el paso del río, porque el número de enemigos apostados era incalculable, ni podría aguardar allí sin que el adversario le atacara por todas partes.

6 A la tercera noche envía parte de sus fuerzas, con  
unos guías naturales del país, bajo el mando de  
7 Hannón<sup>95</sup>, el hijo del sufeta Bomílcar. El contingente  
marchó unos doscientos estadios curso arriba del río,  
hasta llegar a un lugar en que la corriente se divide y  
8 forma una pequeña isla, y se quedaron allí. Fijando y  
atando troncos de un bosque vecino, en breve tiempo  
armaron muchas balsas, suficientes para lo que enton-  
ces necesitaban; en ellas cruzaron el río con seguridad  
9 y sin que nadie les estorbara. Tomaron un lugar abrupto,  
y aquel día permanecieron allí tanto para descansar  
de las penalidades anteriores como para prepararse  
para la operación siguiente, según las órdenes que  
10 tenían. Aníbal hizo algo muy parecido con las tropas  
11 que habían quedado con él. Lo que le ofrecía más dificultades  
era hacer cruzar el río a los elefantes, que  
eran treinta y siete.

43 De todos modos, al llegar la quinta noche, los que  
habían cruzado el río por la parte superior de su curso,  
al amanecer avanzaron por su orilla contra los bárba-  
2 ros apostados en ella. Aníbal, que tenía ya dispuestos  
sus propios soldados, esperaba el momento de cruzar.  
Había llenado los esquifes con caballería ligera y las  
3 barcas con infantería más ligera. Los esquifes estaban  
situados arriba y contra corriente; a continuación los  
transportes ligeros. Así serían los esquifes los que so-  
portarían la fuerza mayor de la corriente, y el paso de  
las demás embarcaciones sería más seguro durante la  
4 travesía. Idearon también arrastrar los caballos a popa

<sup>95</sup> Un tercer Hannón; éste, sobrino de Aníbal.

de los esquifes, para que nadaran. Un solo hombre  
conducía por las riendas tres o cuatro a la vez, a cada  
lado de la popa, de modo que ya inmediatamente, en  
el primer paso, trasladaron un buen número de ca-  
ballos.

Los bárbaros, al ver el intento de los enemigos, sa- 5  
lieron desordenadamente de sus atrincheramientos, con-  
vencidos de que frustrarían con facilidad el desembarco  
cartaginés. Aníbal vio que en la orilla opuesta sus sol- 6  
dados estaban ya cerca, pues, según lo convenido, le  
habían señalado su presencia mediante humaredas.  
Ordenó a todos sus hombres embarcar a la vez, y a  
los que dirigían las embarcaciones navegar contra co-  
rriente. La operación se hizo rápidamente, porque los 7  
que estaban en las embarcaciones rivalizaban entre  
ellos, con gran griterío, en su pugna contra la fuerza  
del río. Ambos ejércitos estaban frente a frente, en 8  
las dos orillas: unos se asociaban a las dificultades  
de sus camaradas, y les seguían con gritos en sus es-  
fuerzos, mientras que los bárbaros entonaban cantos  
de guerra y llamaban al combate. El espectáculo era  
sobrecogedor y producía angustia.

En el momento en que los bárbaros abandonaron 9  
sus barracas, los cartagineses que estaban en aquella  
orilla les acometieron de manera súbita e inesperada.  
Algunos prendieron fuego al campamento, pero la ma-  
yoría atacó directamente a los que acechaban la tra-  
vesía. Los bárbaros, sorprendidos por aquella inesp- 10  
rada maniobra, unos retrocedieron para proteger sus  
barracas, otros se defendieron y entablaron combate  
con los atacantes. Cuando comprendió que la acción 11  
se desarrollaba según sus cálculos, Aníbal rápidamente  
organizó a los que habían desembarcado, les arengó y  
trabó pelea contra los bárbaros. Los galos, ante aquel 12  
desorden y ante un hecho tan inesperado, volvieron  
pronto la espalda y se dieron a la fuga.

44 El general cartaginés, pues, dominó a la vez el paso del río<sup>96</sup> y a los enemigos. Luego se dedicó inmediatamente a hacer pasar a los hombres que quedaban en 2 la otra orilla. Tras pasar a todas sus fuerzas en poco tiempo, aquella noche acampó en la misma orilla del 3 río. Al enterarse, al día siguiente, de que una flota romana había fondeado en la desembocadura, envió quinientos jinetes nómadas a inspeccionar dónde es- 4 taban, cuántos eran y qué hacían los enemigos. Al mismo tiempo dispuso que unos hombres adiestrados pasaran los elefantes.

5 El reunió a sus fuerzas y les presentó a Mágilo y a otros reyezuelos, que habían acudido allí desde las llanuras del Po. A través de un intérprete hizo saber a 6 sus tropas los planes que habían acordado. Lo que infundió más ánimos a aquella masa de hombres fue, primero, el ver con sus propios ojos a aquellos que les incitaban y que les decían que ellos mismos cola- 7 borarían en una guerra contra los romanos. En segundo lugar, la seguridad y la promesa de que les guiarían por unos lugares en los que no les iba a faltar nada necesario para marchar contra Italia con toda seguri- 8 dad y en poco tiempo. Hablaron, además, de la fertilidad del país al que iban a llegar, de su extensión, del coraje de los hombres en compañía de los cuales iban 9 a combatir contra las fuerzas romanas. Los galos, después de hablar así, se retiraron. Tras ellos se des- 10 tacó Aníbal en persona, y en primer lugar recordó a aquella multitud las gestas ya cumplidas, en las que, afirmó, ellos mismos habían afrontado muchos peligros y empresas azarosas, sin fracasar en ninguna por 11 haber seguido su parecer y consejo. De modo que les

<sup>96</sup> No sabemos el lugar exacto por donde Aníbal cruzó el Ródano, pero fue, ciertamente, entre las ciudades de Aviñón y Tarascón.

incitó a estar confiados, al ver que lo más arduo de la empresa estaba superado; pues habían vencido el paso del río y habían visto por sí mismos la adhesión y la predisposición de los aliados. Por eso creía que podían 12 despreocuparse de cada una de las operaciones porque caían bajo su incumbencia personal. En cambio, debían cumplir las órdenes, ser hombres valientes y a la altura de las gestas pasadas. La muchedumbre aplaudió 13 y evidenció gran empuje y ardor. Aníbal les felicitó, y tras rogar a los dioses por todos sus planes les despidió diciéndoles que se cuidaran y que se prepararan con empeño; la marcha iba a iniciarse a la aurora siguiente.

Ya se había disuelto aquella asamblea cuando lle- 45 garon los nómadas enviados en misión de reconocimiento. La mayoría de los que habían salido había muerto y los restantes habían huido precipitadamente, porque no lejos de su propio campo se habían trope- 2 zado con la caballería romana, enviada por Publio con la misma finalidad, y ambos destacamentos pusieron tal coraje en la escaramuza que murieron en ella ciento cuarenta jinetes entre galos y romanos, y más de dos- 3 cientos jinetes nómadas. Después de la refriega los romanos siguieron la persecución y se acercaron al atrincheramiento cartaginés, que examinaron; dieron la vuelta y regresaron para explicar a su general la presencia del enemigo. Llegaron, pues, a su campamento, y la anunciaron. Escipión transportó inmediatamente 4 sus bagajes a las naves, levantó todo su campamento y avanzó hacia el río, deseando establecer contacto con el enemigo. Al día siguiente de la asamblea Aníbal, al 5 amanecer, hizo avanzar toda la caballería en dirección al mar, en situación de observadora, e iba haciendo salir del atrincheramiento a sus fuerzas de a pie para emprender la marcha. Él personalmente se quedó en 6 espera de los elefantes y de los hombres que había

dejado a su cuidado. El paso de los elefantes se efectuó como sigue:

46 Construyeron un gran número de balsas muy sólidas, ataron fuertemente entre sí a dos de ellas y las adosaron a la tierra firme, a la orilla misma del río; entre ambas tenían una anchura como de cincuenta  
2 pies. Por la parte externa de éstas ataron otras que encajaran con ellas, y alargaron así la plataforma hacia  
3 el curso del río. Consolidaron el lado de la corriente con cables fijados en tierra, atándolos a los árboles que crecían en la orilla, para que toda la obra resis-  
4 tierra y no cediera, yéndose río abajo. Cuando hubieron construido el conjunto de esta plataforma proyectada hacia adelante, de una anchura de dos pletros<sup>97</sup>, añadieron a las últimas balsas dos más excepcionalmente resistentes, atadas estrechamente, y a éstas otras,  
5 fueran fáciles de cortar. Además, habían fijado a las balsas muchas correas: con ellas los esquifes que iban a remolcar las balsas impedirían que éstas fueran arrastradas por el río, y al retenerlas con fuerza contra la corriente permitirían transportar y pasar a los ele-  
6 fantes sobre tales artilugios. Recubrieron las balsas con mucha tierra, que echaron encima hasta nivelarlas; las allanaron y les dieron el mismo color del camino  
7 que conducía al vado a través de la tierra firme. Los elefantes están acostumbrados a obedecer a los indios hasta llegar al agua, pero en modo alguno se atreven a penetrar en ella. Los indios hicieron avanzar por la tierra apisonada a un par de hembras, que los elefan-  
8 tes siguieron. Así que situaron en las últimas balsas a los elefantes, cortaron las amarras que las unían a las otras, tiraron con los esquifes de los cables y pronto

<sup>97</sup> El área de un pletro es 0,087 de hectárea, unos treinta metros cuadrados.

separaron de la tierra apisonada los elefantes y las balsas que los transportaban. Tras esta operación los ani-  
9 males al principio se pusieron a dar vueltas y embestían hacia todas partes; pero, rodeados por la corriente, se acobardaron y se vieron forzados a permanecer en su sitio. De esta manera, atando cada vez dos balsas,  
10 hicieron cruzar encima de ellas la mayoría de los elefantes. Algunos, con todo, se lanzaron aterrorizados al  
11 río a mitad de la travesía, y ocurrió que sus indios murieron todos, pero los elefantes se salvaron. Pues, gracias a la fuerza y longitud de sus trompas, que levantaban por encima del agua, inspirando y exhalando a la vez, resistieron la corriente, haciendo erguidos la mayor parte de la travesía.

Cuando los elefantes hubieron sido trasladados, Aní-  
47 bal los recogió, y con ellos y los jinetes formó la retaguardia. Y avanzó paralelamente al río, desde el mar en dirección a Oriente; se marchaba como si fuera hacia el interior del continente europeo.

El Ródano tiene sus fuentes orientadas hacia po-  
2 niente, encima del golfo Adriático, en la vertiente norte de los Alpes; fluye en dirección Sudoeste y desemboca en el Mar de Cerdeña. Corre casi siempre por un valle  
3 en cuya parte norte habitan los galos ardieos<sup>98</sup>, pero por el Sur le bordean en toda su longitud las estribaciones de los Alpes que miran hacia el Norte. Las lla-  
4 nuras del Po, de las que hemos hablado largamente, están separadas del valle del Ródano por la citada cordillera, que arranca en Marsella y cubre todo el  
5 golfo Adriático; esta cadena montañosa es la que, par-  
tiendo de la región del Ródano, franqueó Anfbal para invadir Italia.

Algunos de los autores que han tratado este paso  
6 de los Alpes quieren sobrecoger a los lectores mediante

<sup>98</sup> Es un linaje totalmente desconocido.

narraciones portentosas sobre los lugares citados, y no caen en la cuenta de que cometen las dos faltas más directas contra el género histórico, pues narran mentiras y, además, se contradicen a sí mismos: presentan a Aníbal como general sin parangón por su previsión y audacia, y al mismo tiempo nos lo muestran, sin duda alguna, como el más irracional; entonces, incapaces de encontrar solución y salida a sus embustes, introducen dioses e hijos de dioses en la historia científica. En efecto, establecen que la fragosidad y las dificultades de los Alpes son tales que, no ya los caballos y los ejércitos, junto con los elefantes, sino que ni tan siquiera la infantería ligera los pasaría con facilidad; y como también nos describen aquellos parajes como tan desiertos que, a no ser que un dios o un héroe hubiera guiado a los hombres de Aníbal, todos se hubieran visto en una situación difícil y hubieran perecido, es evidente que estos autores caen en ambos errores citados.

48 Porque, ante todo, ¿qué general nos parecería más 2 absurdo que Aníbal, qué jefe más inhábil? ¿El, comandante de un ejército tan enorme, hombre que abrigaba las esperanzas de un triunfo total en sus empresas, no iba a conocer ni las rutas del país ni los parajes —según afirman estos autores—, ni, en absoluto, las 3 tierras ni los hombres a los que se dirigía, y, lo que ya es el colmo, incluso si se lanzaba a una empresa posible?

4 Pero lo que no admiten ni los generales derrotados irremisiblemente y que se ven en dificultades de todo género, es decir, entrar con sus tropas en parajes desconocidos, estos autores se lo achacan a Aníbal cuando en sus planes tenía todavía intactas las más 5 bellas esperanzas. Igualmente es manifiesta la falacia de estos autores cuando nos dicen que los lugares en 6 cuestión son un desierto abrupto e impracticable. Ig-

noran, en efecto, que los galos transalpinos, que habitan junto al río Ródano, ya muchas veces antes de la presencia de Aníbal, y no en tiempos remotos, sino muy poco antes, habían cruzado los Alpes, cosa que sabe todo el mundo, para oponerse a los romanos y luchar codo a codo con los galos que habitan las llanuras del Po, tal como hemos explicado en los libros anteriores. Tales autores no saben además que los mismos Alpes 7 son habitados por una población muy numerosa, y al ignorar totalmente lo dicho, afirman que un héroe se apareció a los cartagineses y les mostró el camino. Por 8 esto es natural que deban recurrir a algo semejante a aquello a que recurren los autores trágicos. Éstos, al final de sus dramas, necesitan de un *deus ex machina*, puesto que sus planteamientos iniciales son irracionales y absurdos. Es inevitable que a estos autores les 9 ocurra algo semejante, y que se inventen apariciones de dioses y de héroes, puesto que propusieron principios poco fiables y falsos. ¿Cómo sería posible poner un final razonable a unos comienzos absurdos? Pero 10 Aníbal desarrolló sus planes no como éstos escriben, sino con un alto sentido práctico: había averiguado de 11 modo concluyente la fertilidad del país al que se proponía acudir, la aversión de sus habitantes contra los romanos, y para el paso de los lugares intermedios difíciles se había servido de guías y de unos jefes indígenas que iban a participar de sus mismas esperanzas.

Hacemos estas afirmaciones con una seguridad total, 12 por habernos documentado sobre las operaciones a través de personas que tomaron parte directamente en aquellos sucesos, y por haber visitado personalmente los lugares y haber hecho la ruta de los Alpes para tener una visión y un conocimiento exactos.

Cuando hacía tres días que los cartagineses habían 13 iniciado la marcha, Escipión, el general romano, llegó

al paso del río. Comprobó que el adversario ya había  
 2 partido, y se maravilló a más no poder, ya que estaba  
 persuadido de que jamás osaría efectuar la marcha  
 hacia Italia por aquellos lugares, entre otras razones  
 porque los bárbaros de aquellos parajes eran muchos  
 3 y muy traidores. Pero al ver que los cartagineses se  
 habían arriesgado, regresó rápidamente hacia las naves,  
 4 llegó donde estaban y embarcó a sus tropas. Envío a  
 su hermano a las operaciones de España, y él perso-  
 nalmente viró en redondo y navegó hacia Italia, con el  
 afán de adelantarse al adversario, y, a través de la Etru-  
 ria, encontrarle al pie de los Alpes.

5 Aníbal marchó ininterrumpidamente durante cuatro  
 días desde que cruzara el río, y llegó a un lugar llamado  
 La Isla<sup>99</sup>, país muy poblado y rico en trigo, cuyo nom-  
 6 bre se debía a su misma forma: por un lado fluye el  
 río Ródano y por el otro el Isère; cuando conflu-  
 7 yen dan a este lugar la figura de una punta. Tanto en  
 dimensiones como en forma es un lugar parecido al  
 que en Egipto se llama El Delta, sólo que en éste el  
 mar forma uno de los lados, que ciñe las desemboca-  
 duras de los ríos; aquí el lado correspondiente lo for-  
 man montañas difícilmente practicables, de penetra-  
 ción penosa y casi, por así decir, inaccesibles.

8 Aníbal, pues, llegó a este lugar y se encontró en él  
 con dos hermanos que se disputaban la realeza, y que  
 9 se habían enfrentado ya con sus dos ejércitos. El mayor  
 de estos hermanos se atrajo a Aníbal y le pidió colabo-  
 ración y ayuda para hacerse con el poder. El cartaginés  
 accedió, pues era claro el provecho que en aquel mo-  
 10 mento iba a obtener. De modo que le ayudó militar-  
 mente, y tras expulsar al otro, obtuvo muy buena co-  
 11 laboración por parte del vencedor; pues no sólo abas-  
 teció abundantemente de trigo y de otras provisiones

<sup>99</sup> Es, sin duda alguna, un lugar de la cuenca del Isère.

a su ejército, sino que al cambiarle las armas viejas  
 y gastadas renovó así su fuerza de manera muy oportu-  
 12 na. Además, como avitualló a la mayoría con vesti-  
 dos y calzados, les procuró la mayor facilidad para  
 cruzar los montes. Y lo que es más importante: los  
 13 cartagineses tenían su paso por la región de los galos  
 llamados alóbroges, y este rey les cubrió la retaguar-  
 dia con su propio ejército; así dispuso que los cartagi-  
 neses avanzaran sin peligro hasta llegar al paso de  
 los Alpes.

*Aníbal pasa  
 los Alpes*

Tras una marcha de diez días <sup>50</sup>  
 a lo largo del río, unos ochocien-  
 tos estadios, Aníbal inició la ascen-  
 sión de los Alpes<sup>100</sup>, y cayó en  
 los mayores riesgos. Pues mien- 2

tras los cartagineses se encontraban aún en la llanura,  
 los jefes de las tribus de los alóbroges se mantuvieron  
 distanciados de ellos, tanto por temor a la caballería  
 como a los bárbaros que cerraban la marcha. Pero 3  
 cuando éstos se hubieron retirado a sus tierras y los  
 hombres de Aníbal empezaban ya el avance por terre-  
 nos difíciles, entonces los jefes alóbroges concentraron  
 un número de tropas suficientes y se adelantaron a  
 ocupar lugares estratégicos, por los cuales los hombres  
 de Aníbal debían efectuar inevitablemente la ascen- 4  
 sión. Si hubieran logrado mantener oculta su inten-  
 ción hubieran podido destruir totalmente el ejército  
 de los cartagineses; pero como fueron descubiertos,  
 aunque causaron grandes estragos en los hombres de  
 Aníbal, no fueron menores los que se infirieron a sí  
 mismos. El general cartaginés, en efecto, sabedor de 5

<sup>100</sup> Napoleón Bonaparte, que parece que se interesó por la  
 ciencia militar, sostenía que esta ascensión de los Alpes se  
 había iniciado por el pequeño San Bernardo. Por lo demás, el  
 trazado de la ruta más probable de Aníbal en su paso de los  
 Alpes puede verse en *Weltatlas*, pág. 31.

que los bárbaros se habían anticipado a ocupar posiciones estratégicas, acampó en sus mismas estribaciones y permaneció allí. Envió a algunos galos de los que actuaban como guías para que indagaran las intenciones del adversario y toda su disposición. Los enviados cumplieron las órdenes, y Aníbal pudo saber que el enemigo de día observaba cuidadosamente el orden y custodiaba los parajes, pero que de noche se retiraban a una ciudad no lejana. Se ajustó, pues, a esta táctica, y dispuso la acción como sigue: tomó sus fuerzas, avanzó a la vista de todos, se aproximó a los lugares abruptos y acampó no lejos del enemigo. Cuando sobrevino la noche ordenó encender hogueras, y dejó allí la mayor parte de sus tropas. Equipó a los hombres más aptos como soldados de infantería ligera, durante la noche pasó los desfiladeros y tomó las posiciones que habían sido ocupadas antes por el adversario, puesto que los bárbaros se habían retirado, según su costumbre, a la ciudad.

Logrado esto, cuando vino el día, los bárbaros, percibidos de lo ocurrido, primero desistieron de sus intenciones. Pero después, al ver la gran cantidad de acémilas y a los jinetes que marchaban con dificultad y lentamente por aquellas fragosidades, se decidieron por esa circunstancia a cortar la marcha. Cuando llegó el momento, los bárbaros atacaron por todas partes, y el desastre de los cartagineses fue muy grande, no tanto por los hombres, sino por aquellos parajes. La vereda, en efecto, no sólo era estrecha y pedregosa, sino también empinada, de manera que cualquier movimiento o cualquier perturbación hacía que se despeñaran por los precipicios muchas acémilas con sus cargas. Los que provocaban más este desorden eran los caballos heridos; cada vez que una herida les desbocaba, unos caían de bruces sobre las acémilas y otros se precipitaban hacia adelante y arrastraban consigo todo lo

que en la aspereza se les presentaba; se producía una confusión enorme. Al ver esto Aníbal y calcular que si se perdían todos los bagajes ni aun los que consiguieran eludir el riesgo se salvarían, recogió a los que de noche habían tomado las posiciones estratégicas y se lanzó en ayuda de los suyos que abrían la marcha. Allí murieron muchos bárbaros, puesto que Aníbal atacaba desde lugares más altos, pero no menos cartagineses. En efecto: la confusión que ya acompañaba a la marcha se acrecentó por el griterío y el combate de los citados. Sólo cuando hubo matado a la mayoría de los alóbroges y obligado a los restantes a replegarse y a huir a sus tierras Aníbal logró que, a duras penas, atravesaran aquellos lugares difíciles las acémilas y los acemileros supervivientes. El mismo, pasado el peligro, reunió a todos los hombres que pudo y atacó la ciudad desde la que el enemigo le había agredido. La sorprendió casi desierta, pues las posibles ganancias habían atraído a sus habitantes, y se adueñó de ella. En este lugar Aníbal obtuvo muchas cosas útiles, tanto para el presente como para el futuro. De momento se hizo con una gran cantidad de caballos y de acémilas, junto con muchos hombres suyos que habían caído prisioneros. Tuvo, además, abundancia de trigo y de ganado para dos o tres días, y, sobre todo, infundió temor a las tribus vecinas, de manera que los habitantes de las proximidades ya no se atrevieron sin más a molestarle durante la ascensión.

Aníbal estableció allí su campamento, aguardó un día y se puso de nuevo en marcha. En las jornadas siguientes condujo con seguridad su ejército hasta cierto punto, pero en el día cuarto se volvió a ver expuesto a grandes riesgos. En efecto, los que habitaban los lugares por los que pasaba tramaron de común acuerdo un engaño y le salieron al encuentro con coronas y ramos de olivo, lo cual entre casi todos los bárbaros

es señal de amistad, al igual que el caduceo entre los  
 4 griegos. Tales lealtades no acababan de convencer a  
 Aníbal, e intentaba con sumo cuidado averiguar sus  
 5 intenciones y su entero propósito. Ellos afirmaron que  
 conocían bien la toma de la ciudad y la ruina de los  
 que habían intentado dañarle, y le aclararon que es-  
 taban allí por esto, porque no querían hacer ni sufrir  
 nada malo; le prometieron, además, que le entregarían  
 6 rehenes. Durante mucho tiempo Aníbal anduvo preca-  
 vido y desconfiaba de lo que le iban diciendo. Con  
 todo, calculó (que si aceptaba) aquellos ofrecimientos,  
 quizás convertiría en más cautos y pacíficos a los que  
 se le habían presentado, pero que si no los aceptaba,  
 los tendría por enemigos declarados. Se avino, pues, a  
 lo que le decían, y simuló aceptar aquellas amistades.  
 7 Los bárbaros entregaron los rehenes, aportaron reba-  
 ños en abundancia y, en suma, se entregaron sin reser-  
 vas ellos mismos en sus manos, de modo que Aníbal y  
 los suyos acabaron por creer tanto en ellos que les  
 tomaron por guías en los lugares difíciles que iban a  
 8 seguir. Los bárbaros, pues, les guiaron durante dos  
 días, y entonces una masa de bárbaros que les iba si-  
 guiendo les ataca cuando cruzaban un desfiladero di-  
 fícil y escarpado.

53 En aquella ocasión se hubiera perdido, simplemen-  
 te, todo el ejército de Aníbal. Pero éste guardaba to-  
 davía un punto de desconfianza, y, en previsión del  
 futuro, había situado bagajes y caballería abriendo la  
 marcha; la infantería marchaba, cerrándola a retaguar-  
 2 dia. Ésta, pues, estaba al acecho, lo cual aminoró el  
 desastre, pues los soldados de a pie contuvieron el  
 3 ataque de los bárbaros. Sin embargo, y a pesar de  
 que salió del trance, perdió gran cantidad de hombres,  
 4 de acémilas y de caballos. El enemigo, en efecto, había  
 ocupado las alturas; los bárbaros, avanzando por las  
 cumbres, hacían caer peñascos, que rodaban contra

unos, lanzaban a mano piedras contra otros, y así les  
 causaron tanto riesgo y confusión que Aníbal se vio 5  
 forzado a pernoctar con la mitad de su ejército en un  
 lugar yermo, rocoso y pelado, separado de sus caballos  
 y de sus acémilas; les iba cubriendo, hasta que a duras  
 penas logró, durante la noche, salvar el desfiladero. Al 6  
 día siguiente, cuando el enemigo se hubo ya retirado,  
 estableció contacto con jinetes y acémilas, y progresó  
 hacia los pasos más avanzados de los Alpes, sin en-  
 contrarse ya ningún grupo organizado de bárbaros, y  
 hostigado sólo por pequeñas bandas y en ciertos para-  
 7 jes; unos por retaguardia y otros por vanguardia, le  
 privaron de algunas acémilas con asaltos bien calcu-  
 lados. En todas estas acciones a Aníbal le fueron de 8  
 gran utilidad los elefantes: el enemigo no osaba atacar  
 por los lugares por los cuales éstos pasaban, ya que la  
 extraña figura de estos animales les resultaba impo-  
 nente.

Al cabo de nueve días llegó a la cumbre, donde 9  
 acampó y aguardó dos, con la intención de hacer des-  
 cansar a los que se habían salvado y recobrar a los  
 rezagados. En esta ocasión muchos de los caballos que 10  
 habían perdido el tino y muchas de las bestias de  
 carga que la habían arrojado de sí siguieron sorpren-  
 dentemente el rastro, lo recorrieron y volvieron a es-  
 tablecer contacto con el campamento.

La nieve se iba acumulando ya sobre las cumbres, 54  
 puesto que se aproximaba el ocaso de las Pléyades <sup>101</sup>.  
 Aníbal vio a sus tropas desmoralizadas tanto por las  
 penalidades precedentes como por las que preveían.  
 Congregó a sus hombres e intentó estimularles, toman- 2  
 do para ello como única ocasión la vista de Italia; pues  
 está tan próxima a los montes en cuestión que si se  
 mira a la vez a ambos lados, los Alpes parecen estar

<sup>101</sup> Estamos a finales de septiembre del año 218.

3 dispuestos como la acrópolis de toda Italia. Por eso Aníbal iba mostrando a sus hombres las llanuras del río Po, y les recordaba en resumen la buena disposición de los galos que la habitaban; al propio tiempo les indicaba la situación de Roma. Y así logró infundir  
 4 elevada moral a sus soldados. Al día siguiente levantó el campamento e inició el descenso. En él ya no encontró adversarios, fuera de algunos malhechores emboscados, pero los parajes mismos y la nieve le hicieron perder casi tantos hombres como los que había perdido  
 5 en la subida. La bajada se hacía por rutas estrechas y en pendiente, y la nieve había borrado los caminos; todo el que caía fuera de la senda y se extraviaba, se  
 6 despeñaba precipicio abajo. Sin embargo, los hombres de Aníbal soportaron también estas penalidades, puesto  
 7 que ya estaban habituados a las cosas así. Pero llegaron a un lugar muy angosto que no podían atravesar ni los elefantes ni las acémilas; su longitud era de estadio y medio. La pendiente, antes ya muy pronunciada, lo era todavía más, por un reciente desprendimiento. Allí el ejército volvió a desmoralizarse y a re-  
 8 troceder. Primero el general cartaginés intentó dar un rodeo y evitar aquel mal paso, pero la nieve caída hacía también imposible esta solución, y Aníbal renunció al intento.

9 Lo que ocurría era raro y desacostumbrado. Porque sobre la nieve primera y la que quedaba del invierno anterior estaba la nieve recién caída, fácil de hollar por dos motivos: su precipitación era reciente, y por esto se trataba de nieve blanda, sin un espesor  
 2 excesivo. Pero cuando la habían pisado y caminaban encima de la capa inferior helada no lograban fijar el pie, sino que patinaban resbalando con ambos pies; ocurría lo mismo que cuando se camina por lugares  
 3 fangosos. Lo que seguía era peor: pues los hombres, al  
 4 no poder romper la capa inferior de nieve, cuando se

caían, pretendían ayudarse con las rodillas o con las manos para levantarse, y entonces los miembros en los que se apoyaban resbalaban todavía más, ya que el terreno presentaba una pendiente muy fuerte. Las  
 5 acémilas, si caían, cuando intentaban levantarse rompían la capa inferior de nieve congelada, pero quedaban aprisionadas en ella por el peso de la carga que transportaban y por la congelación de la nieve antigua.

6 Por aquí Aníbal ya no esperó nada, y acampó en la cresta de la cordillera, de la que había mandado retirar la nieve; después él personalmente dirigió a sus soldados en la excavación de un camino en la roca, con un trabajo muy penoso. Pero en un solo día consiguió  
 7 abrir un paso suficiente para las acémilas y los caballos; los hizo pasar inmediatamente y acampó en lugares en los que no había nieve; allí mandó las bestias al pasto. Luego envió a los númidas para que, trabajando  
 8 en cuadrillas, abrieran camino. Este trabajo también fue muy arduo, pero en poco menos de tres días hizo pasar a los elefantes, que estaban ya casi exhaustos por el hambre: las crestas de los Alpes y los parajes  
 9 próximos a los pasos carecen totalmente de árboles; todo es yermo, debido a que siempre hay nieve, en invierno y en verano; en cambio, desde la mitad de las laderas hasta el pie de los montes, por las dos vertientes los parajes están llenos de árboles y de vegetación y son totalmente habitables.

10 Aníbal, cuando hubo reunido toda su fuerza, emprendió el descenso, y al tercer día de su partida de los precipicios citados llegó a la llanura. Había perdido muchos combatientes, unos a manos de los enemigos, o a causa de los ríos, durante la marcha, y muchos hombres en los barrancos y lugares difíciles de los Alpes, y no sólo hombres, sino aun acémilas y caballos en cantidad superior. Al final, toda la marcha  
 3 desde Cartagena le duró cinco meses, y el paso de los

4 Alpes quince días. Llegó, pues, audazmente a las llanuras del Po, al pueblo de los insubres. Había salvado una parte de los soldados de Africa, doce mil de a pie y ocho mil iberos; la cifra de caballos de que disponía, en conjunto, no iba mucho más allá de los seis mil, como el mismo Aníbal señala en la estela que, en el cabo Lacinio, contiene un recuento de sus tropas.

5 Por aquel mismo tiempo, como dije más arriba, Escipión había confiado fuerzas a su hermano Cneo, con el encargo de que atendiera los asuntos de España e hiciera enérgicamente la guerra a Asdrúbal. Él zarpó con unos pocos hombres hacia Pisa. Hizo la marcha a través de la Etruria, y tomó de los pretores el mando de los ejércitos que, a sus órdenes, hacían la guerra a los boyos. Acudió a las llanuras del Po y acampó allí, ansioso de trabar batalla.

57 *Digresión sobre la historia*

Nosotros, una vez que en nuestra exposición hemos llevado los jefes de ambos bandos y la guerra a Italia, antes de empezar a narrar las batallas queremos describir brevemente acerca de lo que consideramos adecuado a nuestra obra.

2 Algunos se preguntarán sin duda cómo, tras haber hecho una larga exposición acerca de los parajes del Africa y de España, no hemos tratado con más detalle la entrada de las columnas de Hércules, el Mar Exterior ni las características que este mar tiene, ni las Islas Británicas, ni la producción de estaño. Nada hemos dicho sobre las minas de oro y de plata que hay en España. Todos son temas muy discutidos por los autores, que los tratan en prolijos discursos. Nosotros, sin embargo, los hemos omitido no por creer que estos temas sean ajenos a la historia, sino porque no queremos ni prolongar la exposición en cada punto ni apartar de la descripción sistemática a los lectores es-

tudiosos. Además, consideramos que no había que mencionar estos puntos de forma marginal o dispersa, sino tratarlos en su entidad, dando a cada uno su lugar oportuno, e investigar así, en la medida de lo posible, lo que hay de verdad en cada uno.

Por eso, que nadie se extrañe si, en lo que sigue, al llegar a las regiones en cuestión, los aspectos de este tipo también quedan omitidos; las razones se han dado ya. Si algunos intentan oír, por todos los medios, temas semejantes en conjunto y en detalle, quizás ignoren que les ocurre algo parecido a los comilones en los banquetes. En efecto: los tragones comen todo lo ofrecido, pero no extraen verdadero placer de ninguno de los manjares, no obtienen ninguna digestión útil para el futuro, ninguna nutrición provechosa, bien al contrario. Los que durante su lectura se comportan así no extraen debidamente de ella ninguna instrucción inmediata ni una utilidad para el porvenir.

No hay parte de la historia que, como ésta, requiera más corrección y circunspección; esto es claro por muchas razones, pero ante todo por las siguientes:

Casi todos o, al menos, la mayoría de tratadistas que han intentado explicar las peculiaridades y disposiciones de los países más extremos del universo que habitamos han errado en multitud de puntos. Éstos no pueden ser en absoluto descuidados: debemos refutarlos no de una manera marginal y al azar, sino con conocimiento de causa. Debemos hablar no en tono de reproche ni de rechazo, más bien de alabanza, pero corrigiendo su ignorancia, porque sabemos que estos autores, si hubieran tenido las oportunidades de ahora, habrían modificado y rehecho muchas de sus afirmaciones. En las épocas anteriores han sido pocos los griegos que se han dedicado a explorar estas regiones más alejadas; la empresa ofrecía dificultades improbables. En efecto, los peligros del mar eran innumerables, pero

7 muchos más eran los riesgos por tierra. Y aun en el caso de que alguien, por gusto o por necesidad, hubiera conseguido llegar a los confines del mundo, ni aun así habría alcanzado su propósito, porque es muy difícil ser testigo ocular de ciertas cosas, debido a que algunos lugares son incivilizados, y otros están desiertos. Todavía es más difícil conocer y aprender de palabra lo que sea, por la diferencia de lenguas. Incluso si se llegara a conocerlas, es aún más arduo que las cosas precedentes usar con moderación de este conocimiento, rechazar lo fantástico y monstruoso y honrar la verdad por el honor que cada cual se debe a sí mismo, sin narrar nada que no responda a la realidad.

59 En épocas pretéritas resultaba no difícil, sino prácticamente imposible una descripción ajustada a la realidad de las regiones citadas, por lo cual no debemos reprochar a los historiadores sus errores y omisiones. 2 Lo justo es admirarse y alabarles por lo que conocieron y progresaron en el conocimiento de estas materias en sus épocas.

3 Pero en la nuestra, en Asia por el imperio de Alejandro y en las demás regiones por el dominio de los romanos se puede viajar y navegar casi por todas partes. Los hombres emprendedores se han visto libres por fin de la preocupación que representan las acciones guerreras y políticas, y esto les ha proporcionado muchas ocasiones de investigar y de instruirse en el estudio de los temas citados. Sería conveniente y necesario un conocimiento más real de lo que antes se ignoraba. Esto es lo que intentaremos hacer cuando encontremos en nuestra *Historia* un lugar adecuado. Querriamos que los que quieren saber por curiosidad participaran de un conocimiento más completo de lo enunciado. Fue principalmente por esto por lo que afrontamos los peligros y las penalidades que nos ocurrieron en un viaje por Africa, por España, por la Galia

y por el Mar Exterior que cierra estos países, para proporcionar a los griegos el conocimiento de estas partes del universo, y corregir la ignorancia de nuestros antepasados sobre estos temas.

Ahora, volviendo al punto de partida de la digresión, intentaremos aclarar las luchas ocurridas en Italia en las confrontaciones entre romanos y cartagineses.

Ya hemos precisado el número de soldados con que Aníbal llegó a Italia. Tras su entrada, acampó en las mismas estribaciones de los Alpes, y de momento procuró que sus tropas se repusieran. Todo su ejército estaba en una situación lamentable no sólo por las ascensiones y descensos y por las penalidades de la travesía; la escasez de víveres y los nulos cuidados corporales lo habían deteriorado enormemente. Ante estas privaciones y lo continuo de las calamidades muchos se habían desmoralizado por completo. Las dificultades del terreno habían imposibilitado a los cartagineses transportar provisiones abundantes para tantas decenas de millares de hombres, e incluso se perdió la mayor parte de lo que acarreaban cuando perdieron las acémilas.

Cuando cruzó el Ródano, Aníbal tenía unos treinta y ocho mil hombres de infantería y más de ocho mil jinetes, pero en los pasos perdió casi la mitad de las fuerzas, como apunté más arriba. Los supervivientes tenían algo de salvajes en su aspecto y en su comportamiento, como consecuencia de la continuidad de las penalidades aludidas. Aníbal puso mucha atención en su cuidado, y recuperó a sus hombres tanto en sus cuerpos como en sus espíritus. Hizo igualmente que se repusieran los caballos.

Tras esto, rehechas ya sus tropas, los turineses, que viven al pie de los Alpes, andaban peleando con los insubres, pero recelaban de los cartagineses; pri-